

	MES.	TRIMESTRE.
En Madrid.	10 rs.	30 rs.
En Provincias.	12	34
En el Extranjero.	24	70
En las Antillas.	24	70
En Filipinas.	24	70

Número suelto, un real.

Mientras las condiciones del periódico no lo impidan, se admitirán remitos y comunicados a precios convencionales, y anuncios a medio real la línea.

EL ECO DE ESPAÑA se publicará todos los días, a excepción de los lunes y las grandes festividades del año.

AÑO II.

MADRID.—Sábado 13 de Mayo de 1871.

NÚM. 385.

# EL ECO DE ESPAÑA.

PERIÓDICO MODERADO.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En la Administración y Redacción de este periódico, calle de la Vistación, 8, cuarto segundo de la izquierda.

El importe de la suscripción en Madrid se abonará en efectivo en la Administración. El de las provincias del propio medio, ó por medio de las ranzas del Giro mutuo, ó sellos de correos, y también por letras de exacta realización a favor de la Administración; de esta última manera, ó bien haciendo el abono en efectivo en la Administración, se servirán las suscripciones en Ultramar.

En París, D. José Belart y Alviñana, 20, rue Chaptal. El importe de las suscripciones que se envíen por cualquier clase de giros, se suplica que se verifique por medio de carta certificada como medio de evitar toda clase de extravío.

## CRONICA PARLAMENTARIA.

Una sola sesión celebró ayer el Congreso de los diputados, y una sola acta se discutió en ella: la de Oviedo.

El Sr. González Alegre, electo diputado por aquel distrito, era director de un periódico, y habiendo el juez de primera instancia dictado auto de prisión contra él por un artículo que en dicho periódico se publicó, siguió teniendo preso y dirigiendo contra el mismo los procedimientos, a pesar de haberse presentado el autor del espresado artículo, contra el cual también procedió luego a la par: conducta por todo extremo injustificada y contraria al art. 12, título 2.º, capítulo 1.º del Código penal vigente. Pues bien: teniendo en consideración el Sr. Soler esta circunstancia, formuló voto particular sobre el acta de Oviedo, que por lo demás era completamente limpia, proponiendo que se declarase leve.

El Sr. Figueras defendió el voto con su reconocida competencia, empleando sólidos razonamientos, en vez de las argucias y sofismas de que se valieron los Sres. Nuñez de Velasco y Merelo: era natural de parte de aquel estaba la razón, y estos defendían la arbitrariedad; y cual sería la justicia con que abogaría el Sr. Figueras, lo demostró el resultado de la votación, según el cual el voto particular del Sr. Soler fué tomado en consideración. Pero fueron entrando en el salón varios diputados ministeriales que no se habían enterado del debate, y que probablemente sabrían de las actas de Oviedo lo que saben de otras muchas materias, y al llegar á votarse, fué desechado; aunque solamente por 48 votos contra 46.

Este fué el digno acto final de la junta de diputados. Hoy esta junta pasará á ser Congreso, y no esperamos que a pesar de su nuevo carácter entre en mejores vías.

Terminada la engorrosa discusión de actas, aunque quedan las graves por discutir, con el proyecto de contestación al mensaje se inauguraron las discusiones políticas y acaloradas, las discusiones amplias; relativamente se entiende, porque ya tenemos prevista de antemano la amplitud que la benevolencia del gobierno, de la mayoría y de la campanilla presidencial concederán á las oposiciones.

Esperamos que la discusión del proyecto de mensaje se elevará en el Congreso á igual altura que ha alcanzado en el Senado por parte de las oposiciones; y por parte de la mayoría, el Congreso lleva al Senado una ventaja: la de no estar allí el Sr. Figuerola para envenenar las cuestiones y hacerlas bajar á menor altura de la que aun la propia situación puede mantenerla.

En el Senado los debates sobre el proyecto de contestación al mensaje terminaron ayer con su aprobación en votación nominal que dió al gobierno 85 votos contra 23. El Sr. Tejado coronó la brillante campaña de las oposiciones en este debate con un elocuente discurso digno de los que le precedieron. Combatió á la revolución en el terreno religioso, civil y político; y bajo estos tres conceptos hizo profundísimas observaciones que aun pudieron prestar gran interés á su discurso, cosa bastante difícil, después de los notabilísimos que había oído la Cámara. Estuvo sobre todo sumamente oportuno y feliz en las rápidas contestaciones dadas á las repetidas interrupciones de que fué objeto, especialmente por el Sr. Sagasta.

Al Sr. Seoane fué á quien tocó cerrar la marcha por parte de la situación contestando al discurso del Sr. Tejado. Creemos que con nombrar al orador basta para que nuestros lectores comprendan como desempeñaría su papel. Pero todo tiene compensación: si estuvimos condenados á oír la poca rica oratoria del Sr. Seoane, tuvimos en cambio la fortuna de no haber de sufrir, como en la sesión anterior, otras oratorias de peor género, así es que reinó tranquilidad completa.

Hoy no habrá probablemente sesión, pues se anunció que se avisaría á domicilio á los señores senadores.

## OTRA VEZ EL GENERAL SERRANO.

Anteayer volvió á hablar en el Senado el general Serrano: es una calamidad para el actual presidente del Consejo de ministros meterse á orador político-militar: cada día lo hace peor. No puede hablar sin sentir los principios mas atroces; sin ser una especie de jacinto del orden social. Dice y repite con frecuencia que es y quiere ser benévolo, y con la mayor benevolencia proclama las doctrinas mas revolucionarias y disolventes que se pueda imaginar. En esta particular progresa rápidamente, y cada discurso aparece una jornada mas adelante que el anterior. Ahí está su discurso de anteayer, que es buena prueba de lo que decimos: oírmole, que está de oír.

Respecto á los generales que tomaron parte en los acontecimientos del año de 1868, no es justo lo que ha dicho el señor marqués de Barzanallana, á no ser que comprenda también en el mismo juicio á los generales del partido moderado.

Todos los generales, con muy ligeras escepciones, han tenido que empuñar las armas aquí una ú otra vez contra los gobiernos constituidos; todos, con muy ligeras escepciones, los amigos del marqués de Barzanallana como los amigos míos; y cuando se han tomado las armas para hacer una cosa como esa, nunca se ha sabido si se ha podido saber cuáles serían las últimas consecuencias de esos movimientos. Y los sucesos que ocurrieron en el año de 1868 podían haber tenido lugar lo mismo en el 40, en el 41, en el 43 ó en el 54.

Lo dicho por el señor marqués de Barzanallana fué justo, exactísimo por mas que otra cosa suponía el general Serrano. Sabido es por todos y sobre este punto la opinión ha pronunciado el fallo que

pronunciará también la historia; porque y para que se sublevaron los generales en 1868, ni mas ni menos que se habían sublevado en 1854: lo que hay es que en una y otra ocasión les ganaron otros por la mano, y que así como en 1854 se encontraron en Andalucía con el pronunciamiento de Madrid y de otros puntos, provocado por el manifiesto de Manzanares; en 1868 se encontraron sobre el puente de Alcolea con que se les habían anticipado otros en Madrid y en una gran parte de la Península, á consecuencia de la escitación que se había dirigido desde Cádiz. El despecto de los sublevados al verse burlados fué tan grande como su estupor al considerar la crítica situación en que habían quedado.

Respecto á la cita de los años 1840, 41, 43 y 54, el general Serrano ha estado infeliz. En ninguno de aquellos años, á escepcion de 1854, pudiera haber sucedido por la sublevación lo que sucedió en 1868. Los generales que se sublevaron en las tres primeras fechas fueron Espartero á la cabeza de todo el ejército que le obedecía ciegamente, para arrebatar la regencia á S. M. la reina doña María Cristina; sublevación criminal, porque iba contra la autoridad legítima, pero que no podía llegar hasta el destronamiento de una reina niña, cuya regencia bastaba para lo que se proponían el general sublevado y su partido.

El general sublevado en 1841 fué el inolvidable D. Diego León, con algunos otros jefes y oficiales, entre otros D. Manuel de la Concha, para salvar á la reina niña y reintegrar en sus derechos á la legítima autoridad, usurpada desde 1840. En 1843 los sublevados fueron el general Narváez y el actual presidente del Consejo de ministros Sr. Serrano, quien por cierto en sus decretos y proclamas como presidente del gobierno provisional instalado en Barcelona, declaraba traidores al general Espartero, entonces regente y á todos sus compañeros. Aquella sublevación fué también para derribar á un gobierno usurpador y cumpliendo el juramento de defender á la reina.

Como se atreve el general Serrano á confundir aquellas dos sublevaciones contra la usurpación, con las de 1854 y 1868 que iban directamente contra el trono de la reina? ¿Cómo se atreve á confundir á los generales moderados que permanecieron fieles á sus juramentos, con los que hoy sudan sangre para cohonestar su falta á ese mismo juramento?

El general Serrano pretende en vano justificar ó cuando menos disculpar la sublevación de 1868 y para ello se espresa en los siguientes términos:

«Pero circunscribiéndonos á los sucesos de 1868, ¿no había habido de parte de los gobiernos (y no nombre á ninguna persona) provocación; no había habido de cierto modo el empeño de relevar á los ofendidos de los juramentos que se hubieran podido prestar? ¿Qué se había hecho de la Constitución del Estado? ¿Qué había sido de las garantías parlamentarias? ¿Dónde estaba la inmundidad del senador y del diputado?»

Yo le juro bajo mi palabra de honor al caballero señor marqués de Barzanallana que cuando se ha visto ciertas persecuciones terribles; cuando se ha sufrido cada la casa con centinelas; cuando no se ha permitido entrar en ella ni á la madre de la persona á quien se iba á prender; cuando esa persona estaba investida de la mas alta magistratura que se puede tener en este país; cuando se la ha llevado á un castillo y se la ha vejado personalmente; cuando ese hombre no había tomado parte alguna en conspiraciones de ninguna especie; ese hombre, que estaba usando de un derecho legítimo, y usando con prudencia y moderación extraordinaria, mucho mas si al saber que se había atropellado y preso el Presidente del Congreso, se creyó en el deber, por el puesto análogo que ocupaba, de ir á pedir que se le pusiera en libertad; y á los señores que encontró al volver á su casa les dijo: «He concluido mi papel, y ruego á ustedes no me comprometan.» Esto es un hecho, y yo no me acuerdo de aquellos á quienes tal dije; yo no me acuerdo de nada ni tengo para qué citar nombres propios, con mayor motivo si después se han apartado de la revolución algunas de esas personas.

Como se ve, el general Serrano vuelve á presentar como razón suprema sus agravios personales, sus persecuciones, como el dice. Se cercó su casa con centinelas; no se permitía entrar en ella á nadie; se le llevó á un castillo; se le vejó personalmente; de aquella manera que tan minuciosamente refirió en una de las sesiones del Senado en la legislatura de 1867 á 1868; todo, por supuesto, «sin que hubiese tomado parte alguna en conspiraciones de ninguna especie.» Hé aquí los poderosos motivos que le asistieron para prescindir de sus juramentos y sublevarse; las que hoy alega para justificar la sublevación.

Ahora bien: supóngase que los generales y jefes á quienes recientemente se han arrestado en su casa; á quienes se ha llevado presos á la cárcel de San Francisco el Grande; á quienes se ha llevado á Canarias, á alguno de ellos sin darle tiempo ni aun para mudarse el traje ni prepararse absolutamente nada para el viaje, como sucedió con el muy digno Sr. General Calonge; que tampoco ha tomado parte en ninguna conspiración: supóngase, decimos, que esos generales y jefes, que tienen sobre el general Serrano la inmensa ventaja de no haber prestado juramento á lo que existe; que esos generales y jefes se sublevaran, alegando como razón suprema la espresión de sus agravios, ¿qué podría decir contra su conducta el general Serrano? ¿qué podría contestar, cuando reprodujesen testualmente sus palabras, para justificar la sublevación?

No entraremos en otro orden de consideraciones acerca del particular, pues de hacerlo demostraríamos lo que no nos agrada á la situación ni se nos dejaría pasar. Tratándose de la sublevación contra el poder legítimo, no contra el poder constituido, que suele ser cosa muy distinta, ¿desde cuándo se ha podido concebir que una mortificación del amor propio, ni aun siquiera una injusticia, pueda ser nunca razón ni disculpa de una rebelión? ¿desde cuándo se pretende que esta sea menos execrable,

porque para realizarla pueda haber existido algun agravio personal? El general Serrano no ha comprendido la trascendencia de lo que ha dicho, y al defender ciertas monstruosas teorías hace también, según su frase, el héroe por fuerza. Para lo de 1868 podrá haber arrepentimiento y espacion, pero nunca justificación ni aun disculpa: fué un crimen, y nada mas.

Continúa el general Serrano: «Yo pregunto: ¿el juego natural de las instituciones iba como debía ir? ¿Decidían las mayorías parlamentarias como debían decidir en esta clase de gobierno los que habían de ser ministros? Cuando á un ciudadano ilustre por tantos títulos, que yace en un sepulcro, que es una gloria nacional, á los pocos días de haber luchado con un partido noble y generoso, pero que tenía en frente, se le despedía de la manera que se le despidió, ¿había razón para eso?»

No se olviden las dos primeras preguntas: porque en breve las contestaremos con las palabras del mismo general. Ahora resulta que en 1866 el ciudadano ilustre, como llama al duque de Tetuan sin atreverse á darle este nombre ni el de general, luchó el 22 de Junio con un partido noble y generoso: al día siguiente del combate, el general O'Donnell calificaba en el Congreso de muy distinta manera á los enemigos que había combatido y vencido el día anterior: decía, hablando de los que se habían echado á la calle que «los horrores de 1793 y de toda revolución francesa hubieran sido muy poco al lado de lo que se habría visto en Madrid.» Los tiempos han cambiado y hoy es un partido noble y generoso lo que entonces era mil veces peor que los sansculottes de la primera revolución, francesa. Adulación se llama esta figura.

Nada diremos de las palabras del general Serrano cuando después de manifestar que á su desembarco en Cádiz todo se lo encontró hecho, pregunta: «¿si no lo hubiera aceptado, ¿qué hubiera hecho? Muy sencillo: oponerse, como era su deber ó si su benevolencia innata no le permitía oponerse, haber dejado que los demás cargaran con toda la responsabilidad. Pero entonces, ¿cómo hubiera compartido los gozos de la situación? ¿Cómo habría sido regente y hoy sería lo que es?»

No queremos estendernos y concluiremos copiando uno de los últimos párrafos de su rectificación:

«Yo deploro como S. S. que los ejércitos se mezclen en las discordias civiles, y así lo he dicho siempre: en ningún documento público ni privado me he jactado yo de haber tomado parte en acontecimientos políticos, pues siempre he hecho en esas circunstancias el héroe por fuerza. Por eso yo desde aquí le digo al ejército que vuelva la espalda á nuestras desdichas, que cumpla con su deber; y se lo digo en la seguridad de que el jefe del Estado nunca ha de salirse de la Constitución y las leyes.»

Con esto quedan contestadas las dos preguntas del párrafo que antes hemos transcrito: á los generales no les incumbía entrometarse en el juego de las instituciones, ni en si «las mayorías decidían ó debían decidir quién había de ser ministro.» Los ejércitos no deben mezclarse en las discordias civiles: así asegura el general que lo ha dicho siempre; y en efecto, el general, cumpliendo lo que siempre ha dicho, no le ha dejado nunca mezclarse en esas contiendas, merced á lo cual ha llegado á ser regente del reino. Cuando se tiene un estado mayor como el que le rodea, de generales que en 1868 eran capitanes ó comandantes, no se pueden decir ciertas cosas. «Que el ejército vuelva la espalda á nuestras desdichas; y ¿cómo, si siempre encuentra de frente una desdicha, en el círculo de desdichas que á todos rodea desde 1868? ¿Que cumpla con su deber? ¿Cuál es su deber? ¿Puede darse una escitación mas sediciosa para la situación actual? Después de lo pasado, después de las palabras del general Serrano, ¿qué se entiende ó ha de entenderse por deber?»

PARIS.

El telegrama de Versalles, fecha 11 por la noche, que en otro lugar reproducimos, confirma nuestras apreciaciones de ayer. A Rossell, delegado de la guerra con la *Commune* se le somete á un consejo de guerra, lo cual indica que se le quiere tratar con mas dureza que á su antecesor Cluseret; y lo extraño en todo esto, es que el hombre que no ha mucho lo apoyaba en su oposición al comité de salud pública, Delezcluze, ha sido nombrado para reemplazarlo en el cargo que desempeñaba. Este hecho demuestra claramente que la discordia reina entre los revolucionarios parisienses; es el auxilio mas poderoso del gobierno de Versalles.

El indicarse en el telegrama de Londres un ataque de las tropas sitiadoras contra el Point du Jour, prueba que este debe ser el punto principal determinado para la operacion decisiva anunciada por M. Thiers como en nuestra crónica de ayer apuntamos.

Ya el 10 habían empezado las baterías de la posición de Montretout un fuego destructor contra el Point-du-Jour. El mismo mariscal Mac-Mahon en persona había mandado romperlo; mas entonces no parecia tener otro objeto que el de imposibilitar á la artillería del fuerte de Issy que molestaba mucho á los sitiadores en sus operaciones.

Ahora que aquella fortaleza no está en poder de los rebeldes, la concentración de las tropas cerca de Montretout no puede tener otro objeto que el de aprovecharse en el momento oportuno de las ventajas conseguidas por los cañones de aquella posición. Rástanos ver si los rebeldes opondrán formal resistencia en el Point-du-Jour, donde sabemos que habían reunido los mejores artilleros de que disponen; pues en cuanto al plan relacionado con el fuerte de Ivry, ni siquiera se ha vuelto á mencionar desde la pérdida de Issy, es decir, cuando parecia que mas resueltos debían presentarse á re-

sistir en algun otro punto del frente Sur de París, puesto que acerca de la defensa del fuerte de Vanves no están en el caso de hacerse ilusiones.

Lo que dice el telegrama de Versalles fecha 12 á las nueve de la mañana, no deja la menor duda en cuanto á los adelantos de los sitiadores al frente de aquella fortaleza en Bruselas.

El haberse firmado la paz definitiva entre Francia y Alemania, es un acontecimiento importantísimo que favorece sobre manera á la causa del gobierno de Versalles. Además de lo que aumenta su prestigio moral, le dará también fuerzas materiales que robustecerán su poder y por tanto los medios de imponerse á la rebelión. Todavía hay allende el Rhin mas de 138.000 prisioneros de la guerra franco-prusiana, que volverán al instante á su patria y unidos á las fuerzas que de la misma procedencia se reorganizarán en diferentes puntos, formarán el verdadero ejército francés que ha de servir para la reconstitución política y social de Francia.

Por último, ajustadas las cuentas, en cuyo arreglo andaba ocupada la conferencia diplomática de Bruselas, el temor que tanto mortificaba á los franceses de que las tropas de ocupación prusianas les someterían á la última de las humillaciones intervinendo en sus asuntos interiores, se desvanecerá dando pábulo á la satisfacción que ha de caberles de verse dueños absolutos de sus propios destinos. Así podrán dedicarse los hombres de Estado á someter á los revolucionarios primero, y á cicatrizar las profundas heridas de la nación después, á menos que se desquiden tanto en el cumplimiento de sus compromisos con el vencedor aplacado, que creen nuevos conflictos, en cuyo caso seria inmensa la responsabilidad que contraerian respecto de Francia y de Europa.

Nos sugiere estas reflexiones el haber dicho *Le Soir*, diario que pasa por ser muy allegado al jefe del poder ejecutivo francés, que en el último Consejo de guerra celebrado en Berlín, bajo la presidencia del emperador Guillermo, se había resuelto que, dado el caso de intervenir las tropas alemanas para terminar los desórdenes de París, se limitaron á bombardear aquella capital y á ocupar algunos puntos estratégicos, prohibiendo toda circulación, hasta que al fin los rebeldes depusieran las armas. Parece que los generales que las mandan, habían recibido instrucciones al efecto, con el encargo de economizar todo lo posible la sangre de sus soldados.

La lección habría sido dura para los franceses; ahora ya se considerará innecesaria.

Ayer no hemos recibido periódicos extranjeros, y de consiguiente, nos es imposible comunicar á nuestros lectores noticias relativas á la marcha general de las cosas en Europa.

## OTRO CONSEJO DE GUERRA CONTRA INJURAMENTADOS.

Desde que empuñamos la péñola en defensa de los oficiales generales y particulares injustamente perseguidos por su injuramentación á D. Amadeo, concebimos la idea de que nos habian de oír los sordos, y el gobierno ó sus agentes, empeñados en realizar al fin y al cabo todas nuestras predicciones, nos ha venido ayer á complacer. Con efecto, dos sordos había entre los vocales del Consejo, y alguno tan sordo que ha necesitado *trompetilla constante*; pero como no se hubiera prevenido de tan indispensable mueble, no faltó benévolo cirineo que se prestase á llenar este menester, como ya habia suplido otros en consejos anteriores.

Y decimos que nos han oído los sordos por dos motivos; primero, porque habiéndonos honrado los defensores adoptando muchos de nuestros razonamientos, claro es que al oírlos los jueces, es como si nos hubiesen oído á nosotros mismos; y segundo, porque debimos suponer que algun sordo los oía á vista de su gesticulación y ademanes; gestos y ademanes que á los espectadores nos costaba trabajo contener, á impulso de lo que oíamos ó veíamos; pero que contruivimos, á pesar de no creernos en tan estrecho deber de hacerlo como si hubiéramos asistido siendo jueces.

Dolor es que no se haya reparado en la falta de sentidos corporales para eximir de ciertos cargos á los que no tenían completos los cinco, ó por lo menos se encontraban de ellos escasos; imprevision que puso ayer al ministerio público en la necesidad de desvanecer un lente de aumento, lupia ó microscopio con guarnición de materia córnea para poder leer la parte de las hojas de servicio de los procesos que no se suprimió por innecesaria, como si pudiera prescindirse de la lectura de pieza alguna del proceso sin infringir la ordenanza é incurrir en nulidad: imprevision que asimismo motivó el que otras veces haya tenido que ayudar á la lectura quien no estaba allí para eso, y que haya hecho que hayamos tenido que oír tardamente los nombres de los pueblos y acciones mas conocidos de la última guerra civil de sucesión, que todos conocemos, y de memoria diríamos con ver una letra ó reparar en la fecha; y sordera, cortada de vista y tartamudez, en fin, que nos trajo á la memoria el famoso epitafio:

«Aquí yace un oidor sordo;  
un relator tartamudo;  
un vista con cataratas;  
Pues anda bonito el mundo!»

Pero dejando aparte el cómo anda el mundo, lo cual por sabido puede callarse, y procediendo lógicamente de lo conocido á lo desconocido, procuremos investigar á que *espíritus habrá podido invocarse* para hallar el medio de hacer callar la Ordenanza, prescindir de toda graduación y de toda

escala, y hacer saltar al redonde! (1) mezclados por partes iguales tres mariscales de campo y tres brigadieres empleados, lo cual encontramos difícil aun para el espiritista mas consumado... Pero sin meternos á averiguar nada, que de curiosos está el purgatorio lleno, y espiciándonos el por la circunstancia de no estar actualmente empleado se descartase, si se hubiera descartado, al Sr. Caballero de Rodas, que siendo un teniente general, estando acabado de llegar y no habiendo podido tomar parte en consejo alguno anterior nos hubiera parecido preferible, v. g., al general Peralta ó al brigadier Palacios que, habiendo presidido dos consejos anteriores en que se condenó, tienen contra sí una presunción de juicio preconcebido y aun manifestado que á otros hubiera servido acaso de motivo bastante de escusación legítima; lo cierto es que bajo la respetable presidencia del señor capitán general, que por esta primera vez ha podido descartarse de sus ocupaciones antes imprescindibles, se presentó formado el consejo, de una parte por los vocales mariscales de campo Sres. Peralta, gobernador segundo cabo; Crespo, comandante general de la primera división, y el flamante general Sr. Riquelme, id. de la división de caballería, y de otra por los brigadieres Sres. Vargas, Palacios, retrato vivo del difunto señor general Prim hasta en la figura, y González de la Vega, todos tres con mando de brigada en el ejército de Castilla la Nueva.

Con este espeditivo medio no solo se ha logrado no molestar á los generales de cuartel arrancándolos desu reposo, lo cual no debió dar gusto á todos en el Consejo del general Blaser, sino que en lugar de hacer del respetable tribunal *un jardín de flores*, le revistió de una hermosísima capa de grana, cual nunca la usó de mas subido ni igual color el insignie Goya, á quien debemos suponer sujeto espartismo en materia de colores.

Con esto y con ciertos aires de *datos de baja* que há días han corrido del lado de acá y del lado de allá,

«De las cumbres nevadas y fragosas,  
Lindes eternos de las dos Castillas,

y vice-versa, y desde Buenavista á la calle de Atocha, y desde Santo Tomás al antiguo palacio del favorito Godoy, cada cual formó su juicio acerca del resultado probable de la sesión, idea en que hubo maliciosos, que Dios confunda, se afirmaron al ver que el fiscal, hombre ya práctico en la materia por haber ejercido el oficio y conseguido hacer triunfar opinion mas dura, venia á acreditarse de sabio *mandando de Consejo*, y reduciendo su petición en la conclusion fiscal á eso que no es pena, ni por si quiere decir cosa alguna, como concluyentemente ha dejado probado el ilustre escritor jurídico-militar Sr. Vallecillo en *El Correo Militar* del día 9 de Abril; es decir, á que se *dé de baja á los procesados*.

Por nuestra parte, sin meternos á adivinos de si ese será tambien el *mus* que pararán los montes en los procesos de los generales que penden hoy de consulta en el Consejo supremo, con alguno que otro ligerísimo é insignificante rapapolvo para los vocales *absolventes*, sobre lo cual el tiempo dirá; y sin querer tampoco anticipar el resultado probable del Consejo de ayer, sino limitarnos al modesto papel de sus cronistas, diremos que, sin evoluciones de sillan ni gran escrúpulo en el uso legal de los sombreros, comenzó la lectura del proceso á que gracias á Dios pudo dar feliz cima y remate el señor fiscal sin mas ayuda que la del susodicho instrumento óptico, ni mas supresiones importantes que la *del historial de las hojas de servicio*, ni mas novedad que la de llamar al señor presidente á decidir sobre las dificultades que se iban presentando á los defensores de los tratados como reos: lo cual nos recordó á D. Simplicio Bobadilla apelando al testimonio de Lazarillo.

Alguno de los encausados pudo tener allí mismo ocasion de querrelarse del señor fiscal al ver que en la indagatoria se atribuía haber dicho ser su religion la NATURAL, cuando estamos seguros que todos ellos profesan verdaderamente la cristiana, católica apostólica, romana, de cuya fé y creencia han dado muestra en el proceso mismo.

No tenemos para qué analizar la conclusion fiscal, pues basta con la chispa que al frotarle anteriormente ha dado de si el eslabon; y pasando á las defensas, debemos con placer dejar sentado que todas cuatro fueron un modelo, cada cual en su género. Por la sobriedad, valentía é irreprochable espresion de sus conceptos la primera, que tuvo además un tinte especial por la singularidad del caso en que se halla el defendido Sr. Fernandez de Córdoba, oficial facultativo supernumerario cuando no juró, y después, á su instancia retirado por el mismo D. Amadeo, mediante lo cual pudo concluir así el defensor fiscal: «Entre *absolver al procesado ó condenar al rey, dejando sin efecto el reiro que le ha otorgado*; escoged; por su copia de doctrina la segunda; por su laconismo y encerramiento casi esclusivo dentro del derecho jurídico-militar la tercera, y por su novedad é incisivos razonamientos la cuarta, todas merecieron la atencion del consejo y los plácemes de los concurrentes. Parecia agotada la materia, y aun se presentaron frases nuevas y todas casi matemáticamente demostrables.

Allí se hizo ver la ninguna necesidad de un juramento jamás, con una sola escepcion exigido; y

(1) *Saltar*, decimos, puesto que creemos no se ha guardado el orden de escalafon; y al redonde!, porque es sabido que los vocales en los consejos de guerra forman según la Ordenanza, un círculo que empieza en el vocal mas antiguo y concluye con el fiscal. Es importante esta nota, no sea que alguien quiera encontrar irreverencia en nuestra, de todo punto, inocente y respetuosa relacion.



¡qué escocion esa! la que sabíamos y por delicada no nos habíamos atrevido a tocar, viendo con satisfacción el tino con que la supondrían, el primero, el general Sandoval, defendiendo al señor marqués de Novaliches; el del intruso José I. que por ese medio puso el hierro en la frente de tantos desgraciados como en nuestra hízca conocimos, estigmatizados con el nombre de «francesados», que les cerraba las puertas de todos los puestos públicos, mediante lo cual conocimos a prefectos y altos funcionarios buscando en los oficios mas humildes la subsistencia de sus familias; pero con la diferencia de que el intruso ni a su gobierno se les ocurrió perseguir a nadie, sino solo pasar por aquel medio, a sus huestes, listas que después lo fueron de proscripción. En esas defensas memorables, todas debidas a jefes y oficiales del distinguido cuerpo de artillería, y sobre todo, en la cuarta, se colocó al consejo en los mas apremiantes dilemas, concluyendo así, si la memoria no nos es infiel: «No tenéis leyes penales que aplicar y queréis aplicar la jurisprudencia? Pues entre las sentencias que despidieron del servicio a los marqueses de Sotomayor y de Arenales, recogidos los sus desechos; entre la que separó del mismo al coronel Ceballos Escudera, conservándole sus derechos adquiridos y entre la que absolvió libremente al general Blaser, escoged.»

Este es un callejón sin salida; un círculo de hierro. Y sin embargo, ¡en qué compromiso ha colocado a esos vocales la intemperancia de palabra, la imprevisión, la falta de tacto del general Serrano, ministro de la Guerra y presidente del Consejo de Ministros! Interpelado este en los Cuerpos colegisladores con repetición, anteayer mismo, cuando tenía en la mano una mordaza que poner a los interelantes contestadores: «El Gobierno ha sometido a juicio esos actos; están sub judice hoy; es mas; el Gobierno tiene todavía necesidad de ser juzgado y se inhabilitaría manifestando opinión...» ¡aparece esa discusión para su día; en nada repara, y dejado de la mano de Dios, ciego y desorientado como en todo este desgraciado negocio se viene mostrando, responde sosteniendo la necesidad del juramento, su falsa precedencia histórica y la justicia de la negativa, cosa de que ya hasta los ignorantes se ríen; y se incapacita a sí mismo y a la patria, a lo menos bajo el refrán del ministro general Serrano, para juzgar sobre las consultas pendientes. ¿Habrá nadie que no recusase a un juez de primera instancia que públicamente cometiese la inconcebible torpeza de manifestar opinión sobre un asunto cualquiera, sometido a su decisión judicial? Pues nosotros, en nombre de la opinión pública, recusamos al general Serrano para fallar sobre las acordadas que el Supremo Consejo de la Guerra eleva al ministerio en los asuntos de los generales infortunados.

El fallo contra los oficiales juzgados ayer, señores Fernandez de Córdoba, conde de Clavijo, Velasco y Romero Quiñones, ha sido, según de público se ha dicho, *darles de baja en el ejército, conservando sus derechos pasivos*; y que aquí un cuarto y nuevo caso de jurisprudencia que, si en su espíritu se relaciona con algún otro anterior en su letra diversa y además explicita mejor claramente el sentido de lo que ha de hacerse por la baja, como dejamos indicado, es un estado interino que por sí nada significa, ni puede confundirse con la despedida y separación del servicio, el retiro y la licencia absoluta, que han sido hasta aquí los medios legales de dejar de ser militares los que lo son; o por lo menos de pasar a situación pasiva; pero así el consejo de ayer pudo salirse del círculo que le trazó el cuarto defensor para escoger entre los casos de jurisprudencia establecidos, no quedándose con ninguno; y por otra parte, ha conseguido navegar con los vientos y corrientes que los maliciosos suponían, y de que antes nos hemos hecho cargo. Si esto ha sucedido con fines de un color, ¿qué habría sido guardando el escabelo y la Ordeanza? ¿habría sido juzgado como a un civil?

A fuerza de fallos, vendremos a parar en que no ha existido jamás delito: eso es lo cierto; y eso esperamos ver sancionado a la postre por el Consejo Supremo, después de tantas idas y venidas, tantas vueltas y revueltas.

Por hoy concluimos felicitando a los consecuentes y caballerosos Sres. Fernandez de Córdoba, Clavijo, Velasco y Romero; y no menos a sus nobles e ilustrados patronos, que tan bien puestos han dejado sus nombres entre los defensores de las buenas causas, como sobran en la historia de la patria.

He aquí la primera parte del notable y elocuente discurso pronunciado en el Senado por nuestro respetable amigo el señor marqués de Barzanallana en la discusión del mensaje.

La segunda parte del discurso y la no menos notable rectificación de nuestro distinguido amigo, los publicaremos tan luego como aparezcan en *El Diario de las Sesiones*.

El señor marqués de BARZANALLANA: Heme aquí colocado en la mas grave posición en que hasta ahora se ha hallado ningún señor senador. Los que me han precedido han juzgado conveniente exponer la dificultad de la situación en que se hallaban. Necesitaba yo, señores senadores, extenderme para que comprendais lo difícil de la mía especial. ¿Qué vengo yo a representar aquí? ¿Es acaso una oposición como la que han hecho al gobierno los señores senadores que hasta ahora han hablado, ya defendiendo empujados, ya como el Sr. Calderón Collantes al tomar parte en la discusión de la totalidad del mensaje? ¿Es una oposición concreta, como la que los señores prelados han formulado, al ceñirse a las graves cuestiones que atañen a la Iglesia? ¿Es una oposición hasta cierto punto basada en los mismos principios que representa el gobierno, o es una oposición radical, fundamental, general, la que voy a tener el honor de formular ante el Senado, y por lo tanto, ante la nación, en nombre de las personas que opinan del mismo modo que yo?

Es una oposición fundamental, radical y general; y tengo por lo mismo doble necesidad de la indulgencia del Senado; porque a pesar de los esfuerzos que procuraré hacer para captar alguna benevolencia de parte de mis adversarios políticos, hoy numerosísimos aquí, es imposible que no deje de resultar cierta antipatía, aunque no sea mas que por resultado de la energía y del vigor con que tengo que defender la causa que represento. Tengo que volver por los fueros de la justicia y de la verdad, que he hecho desconocer la pasión política; tengo que poner en claro ciertos hechos que han sido hasta ahora injustamente calificados; tengo que ser eco doloroso y sentido de los dolores que han sido consecuencia de la revolución; dolores tan injustamente inferidos como noble y valerosamente soportados; tengo, en fin, que ser la expresión del pasado, que se queja a la

vez que se defiende y ataca, para que la opinión pública compare, y cada cual ocupe el lugar que le corresponde.

Yo dudaba mucho acerca de la conducta que debía adoptar, qué cuestiones tratar, cuáles rehuir, en cuáles detenerme, sobre cuáles había de pasar con ligereza cuando pesa la palabra en contra de la totalidad, y todavía después seguí en mi interior en esta especie de angustia intelectual. De esta situación me han sacado los señores ministros que hasta ahora han usado de la palabra con alguna extensión sobre la materia que forma el objeto del debate. Los señores ministros de Gracia y Justicia primero, y de Gobernación ayer, me han facilitado mi tarea; me han facilitado lo que siempre sería el uso de mi derecho; me han obligado a cumplir un deber; me han traído a cuenta y han puesto ante mí la revolución de Setiembre, invitándome, por no decir proveyéndome, a examinarla y ver qué es lo que sobre ella debe pensarse la nación, y cuál es el juicio definitivo que acerca de sus hombres, de sus principios, y sobre todo de su consecuencia, debe formar la opinión pública. Cuestión levantada y a cuya altura procuraré, en cuanto de mis débiles fuerzas dependa, mantenerme para que al ventilarla no se mezcle en ninguna otra personal, pequeña y miserable, sino para que todos tengamos elevación de sentimientos, de ideas y con nobleza de miras. ¿Cuál es la situación del país de quien tenemos la fortuna de ser elegidos y la alta honra de ser a la vez sus representantes y legisladores? ¿Qué es lo que ha hecho la revolución de Setiembre? Mi adversario político, pero mi amigo personal el señor ministro de Gracia y Justicia decía en las Cortes Constituyentes que la revolución de Setiembre tenía que resolver este triple problema: dar a la nación una Constitución, darle un rey y darle un presupuesto; fórmula energética, concisa y elocuente de la manera en que esa revolución tenía que arreglar, asentar y afirmar los grandes intereses morales, políticos y materiales de este país.

Yo seguiré esa indicación; yo examinaré de qué manera esa revolución ha resuelto los problemas y las cuestiones que íntimamente se ligaron con los intereses morales primero, y después con los intereses materiales de España. Procediendo, pues, con método, examinaré las consecuencias indeclinables de los principios que han prevalecido, y que en la Constitución actual han encontrado su fórmula. Pregunto yo: ¿cuáles han sido las primeras consecuencias de la manera en que esa Constitución ha organizado la suprema magistratura de la nación, la que va a ser como la personificación de la idea del Estado; cuál es la monarquía que esa Constitución y que esa revolución han dado a España?

Claro está que no voy a discutir aquí lo que no tengo derecho a discutir, lo que, aunque a mi vera derecho no discutiré; yo soy hombre de gobierno, yo he sido toda mi vida profundamente conservador; cada día tengo mas arraigada la convicción de que debo serlo, mas acendradamente, y nunca saldrán de mis labios palabras ofensivas; así es que si alguna se me deslizase, que de eso nadie está exento, desde ahora la doy por retirada. La cuestión que me interesa es esta:

«¿Voy, pues, a hacer muy someras indicaciones acerca de esa organización de la monarquía, de esa noción del Estado que establece la Constitución, y de las consecuencias que ha de traer; así como de la línea de conducta que, como consecuencia indeclinable, ha trazado al gobierno actual esa monarquía, que en el mero hecho de ser electiva, tiene, señores, una grandísima causa y origen de debilidad. ¿Qué necesito decir sobre esto a todos los que sean un poco entendidos, y lo son muchos los señores senadores, en cuestiones políticas y en historia? ¿Le suben de tal manera, que sería casi una ridiculidad entrar en largas exposiciones sobre este asunto?»

Es una verdad, señores, que partiendo de la monarquía electiva, podía haberse dado a esa institución otras que, la sirvieran a la vez de escudo y de valladar, y siempre de elemento de fuerza; instituciones que, en parte compensasen la debilidad innata que por su origen tenía.

Esa monarquía carece de una porción de facultades, al paso que tiene otras que, desistiendo yo en esto de algún señor senador que ya ha hablado, en vez de darle fuerza, a mi juicio, se la quitan. Esa monarquía no está apoyada por ninguna institución que compense el carácter esencialmente antimonárquico y republicano que del principio de la elección dimana. Esa monarquía no tiene ni siquiera un Senado vigorosamente constituido. No es, señores, una ilusión; señores: como una segunda edición, no corregida, sino descorregida y disminuida del Congreso de diputados. No tenemos ni el principio de fuerza que la elección directa de que procede comunica a aquel cuerpo. No tenemos ni el principio tradicional, ni el principio histórico, ni la herencia, ni aun siquiera la independencia de nuestros votos; porque por primera vez en nuestra patria somos disolubles y dependientes de la manera que tengan de apreciar nuestra acción política y nuestra influencia sobre la suerte del país; los actuales o los futuros ministros. No tenemos el derecho de influir de una manera positiva y decisiva en las cuestiones de presupuesto, ni en la organización y número de la fuerza armada de mar y tierra. Es decir, que esa cuestión en que de una manera concreta formula el país su juicio acerca del modo en que deben quedar asegurados todos sus grandes intereses, en realidad no cae bajo nuestra jurisdicción.

Ya veréis si con nosotros se cuenta de una manera positiva y verdadera para que los examinemos y discutamos; y veréis cuando llegue el momento en que esos presupuestos tengan que regir, si habéis tenido ocasión de pasar sobre ellos ligeramente vuestra vista.

De esta institución del Senado, tal como se halla organizado, resulta, como digo, para la monarquía una falta de fuerza, una falta de escudo que la defiende contra aquellas otras instituciones que no son a fines ella, que no tienden a lo que ella naturalmente debe tender, que no parten del principio generador de que la monarquía procede. Y el resultado es que la monarquía que aparece ahora dotada de unas facultades de que carecía la antigua de donña Isabel II, esta monarquía, que parece mas vigorosa porque puede disolverse, no es sino una monarquía que queda escueta ante los embates de las pasiones revolucionarias; a la manera de las antiguas fortalezas que carecían de aproches y defensas, ofreciendo facilísimo blanco a los tiros de los sitiadores.

Debilitada la institución en que se personifica el Estado, el principio del individualismo ha adquirido demasiada pujanza y los mandatos de la monarquía, en una palabra, el gobierno actual, ha tenido que proceder por medios completamente contrarios a los que eran naturales en él, dados sus principios, dados los anteriores compromisos, sus tendencias, en fin, el punto de que partían y el que debía ser objeto de sus aspiraciones.

De aquí ha resultado, como después demostraré, la inobservancia de la Constitución, so pena de dejar inseguro el interés del orden público.

Pero lo que la institución actual pudiera tener o tener de defectuosa, no podía estar, hasta cierto punto, compensado con la habilidad del gobierno que tiene el deber de ampararla y fortalecerla? Si. ¿Y qué se ha hecho? Todo lo contrario.

En el discurso de la Corona hay omisiones que yo lamenta, y hay afirmaciones que profundamente deploro. Una de las magníficas prerrogativas que tenía la monarquía anterior a la revolución, y de que se ha privado a la actual, era el derecho de conceder indultos generales y amnistías, derecho que no tiene la monarquía

revolucionaria. Para esto necesita una ley, sin poder, por lo tanto, abandonarse a esas magníficas, nobles y elevadas inspiraciones de generosidad que tanto contribuyen a vigorizarla ejerciendo laudable influencia sobre los pueblos.

Podría el gobierno haber suplido esa falta de la Constitución indicando en el discurso de la Corona que el primer paso de la monarquía sería la propuesta de una amnistía general, amplia y completa para todo el mundo. ¿Por qué no se ha propuesto? ¿Por qué no se ha indicado? ¿Qué tiene que ver esto con las diferencias de dogma o de doctrina que pueda haber entre los señores que componen el gobierno, que hace difícil la redacción de un programa común? ¿Hay en esto dificultad de ninguna especie? ¿Tiene el ministerio la fuerza, cree tenerla, cree ser la expresión de los intereses y de los sentimientos de la mayoría de los españoles? Pues el que es fuerte es generoso, y no se guita por temores propios de ánimos apocados o rencorosos. Al fin tendréis que dar esa amnistía; pero ya no tendréis mérito ni con ella conseguiréis dar fuerza a la institución que tenéis necesidad imprescindible de robustecer.

En cambio de esta omisión, que lamenta, hay una afirmación que, como he dicho, hondamente deploro. La afirmación de que el principio electivo es la causa de legitimidad que mejor se aviene hoy con la dignidad y la razón humana, y otras proposiciones por lo menos aventuradas, y que omito en gracia de la brevedad.

De cuando acá, señores senadores, los documentos de esta especie deben dar lugar a polémicas apasionadas, ardorosas, y natural y necesariamente ocasionadas a crear entre los ciudadanos de un país disensiones cada día mas graves, mas hondas y mas productoras de conflictos? ¿Qué necesidad había de eso dogmatismo? ¿Por qué sostener lo que parece axioma a los señores ministros y a los que de sus opiniones participan, cuando hay tantos españoles, para los cuales no solamente eso es cuestionable, sino que es la expresión de una heresia política.

Pues, ¿los que disientimos de los señores que actualmente tienen la fuerza de su parte, no tenemos el derecho de que se tengan en cuenta nuestras ideas, nuestras convicciones, nuestros sentimientos, cuando estas ideas, convicciones y sentimientos son honrados y nacen de un amor a la patria, diferente acaso en el sentido, en la manera como la comprenden y practican, los señores que tengo enfrente, pero que debe ser objeto de su respeto y de su consideración? ¿Tienen a menos, no necesitan en manera alguna la cooperación moral, la adhesión, el asentimiento de todas las clases de la sociedad española, que son numerosas y muy importantes y se necesita estar diez por la pasión política para no conocerlo y convenir en ello; que disienten de sus señorías y no creen que sea el mas bello y el único título de legitimidad que en el día consisten la dignidad y la razón humana? ¿Es esto, por ventura, mas que dar fuerza indirectamente, y debo creer y creo que involuntariamente, al principio republicano? Porque en el fondo, señores senadores, ¿qué es la elección que es el principio de la elección, que es toda autoridad que de la elección dimana sino un poder esencial y característicamente republicano? De esa manera de comprender la Constitución del Estado en su personificación mas alta, por decirlo así, de esa manera de debilitar lo que debería ser fortalecido, de no allegar la adhesión de las voluntades de los que debían estar heridos en sus sentimientos mas íntimos, de esa preocupación gratuita, y por tanto doblemente ofensiva, ha resultado lo que no podía menos de resultar: una debilidad que ha obligado al gobierno a proceder por medios violentos para compensar la fuerza que le faltaba.

Y esto me lleva a examinar el segundo punto del programa: como me había propuesto, la Constitución. Esta Constitución se diferencia esencialmente de las anteriores en que es expresión de una escuela de políticos teóricos. Esa escuela, parecida al Parlamento de Francia en 1848, tiene un carácter filosófico, verdaderamente doctrinario y ha venido a consagrar, de la manera mas absoluta y sin limitaciones de ninguna especie, eso que se ha dado en llamar derechos individuales.

Pues bien; esos derechos individuales que dan tanta fuerza al principio del individuo en contra del principio social representado por el Estado, no pueden ser religiosamente atendidos, vigorosamente establecidos, universalmente respetados, sino allí donde la acción del Estado es vigorosa, y encuentra una expresión robusta y fuerte. Por eso han quedado limitados entre nosotros a una promesa vana, a una ilusión perdida.

¿Cuál es el mas importante de esos derechos? El que tiene por objeto garantizar la seguridad personal. ¿Cómo ha sido esa seguridad personal respetada en una parte importantísima de la monarquía? Ha oído el Senado a un individuo de la oposición que ha hecho observaciones sobre este punto: ha oído también a los que lo han contestado, al señor ministro de la Gobernación y al señor Silveira, individuo de la comisión. ¿Qué resulta? Resulta un hecho, en mi sentir, de la mayor gravedad, de la mas grande trascendencia. El hecho de que el actual gobierno se crea con derecho para hacer, no se por cuánto tiempo, según lo juzgue conveniente sin duda a los intereses públicos, que la Constitución de 1869 no rija en todas sus partes en las Provincias Vascongadas ni en Navarra.

¿Y por qué? Primero, porque allí hay fueros; segundo, porque aquellos habitantes prefieren sus fueros a la Constitución, a lo que la Constitución significa, al espíritu que la domina, al espíritu de que parte, a los intereses que con ella se han querido asegurar.

Y de cuando acá, señores senadores, ha sido ni puede ser razón valedera para que una Constitución deje de ser practica en tal o cual parte de un país el que esta tenga hacia ella un sentimiento de antipatía o simpatía? ¿De cuando acá ha sido ni puede ser razón valedera para que esa Constitución deje de ser religiosamente plantada entre los habitantes de tal o cual comarca de la nación española el que tenga o no fueros, cuando esos fueros están asegurados por una ley y por un convenio que por su naturaleza y las circunstancias en que se hizo, debía ser respetado; y cuando esos fueros, como he dicho muy bien el Sr. Calderón Collantes, tienen una índole puramente administrativa y local, y nada tienen que ver con la unidad constitucional que por aquel convenio quedó asegurada? ¿Se hallan, por ventura, las Provincias Vascongadas respecto a la totalidad de la monarquía española, mas que en una situación algo parecida, no de todo punto, a la que tienen entre sí los estados que forman las confederaciones, allí donde se ha establecido una organización republicana federal?

En esos Estados, no solo se tiene una autonomía municipal, como en las Provincias Vascongadas; se tiene el derecho de que se usa completamente, y en grandes proporciones a veces, de variar radicalmente la legislación civil respecto de la que hay en otro Estado vecino o lejano; pero todo aquello que tiene relación con los intereses generales de la sociedad; todo aquello que tiene relación con el principio de nacionalidad, así en derechos como en deberes, así en ventajas como en obligaciones, es común a todos.

Creo, pues, que las Provincias Vascongadas y Navarra tienen un completo derecho a que en ellas se plantee la Constitución de 1869, y a que sus moradores gocen de los mismos derechos individuales de los que cualquier otra especie que disfruten los habitantes de las demás provincias de España.

Pues no ha sucedido así; allí no ha habido derechos individuales, empezando por el verdaderamente importante y mas inherente a la personalidad humana: el de la seguridad individual.

Como tengo que extenderme a ciertas consideraciones me voy obligado forzadamente a ser conciso, yendo como de pasada sobre hechos y sobre razones que en otro caso podría aducir y que omito en gracia de la brevedad. Me limitaré, pues, a señalar este hecho: no ha habido en aquellas provincias seguridad individual, y aun la ha habido por actos completamente ilegales y anticonstitucionales, que ni aun siquiera tienen el paliativo, para ser escusados, de que han sido necesarios; doctrina que yo, hombre conservador y que he formado parte de gobiernos que tenían el valor de proclamarlo, tendrían derecho a invocar, pero que no pueden presentar en su apoyo los que, en nombre de la libertad y de otros principios esencialmente intransigentes, hicieron una oposición que la historia juzgará cuando narre lo que ahora sucede.

El señor ministro de la Gobernación nos decía ayer que el gobierno había usado de las facultades que le confería el estado excepcional en que aquellas provincias se hallaban, con tal mancebumbre, con tal lealtad, con tal espíritu liberal, que no ha hecho derramar una sola lágrima.

Yo recuerdo, señores, en primer lugar, que ha habido alguna víctima que ha pasado al otro mundo por resultado de la violencia ejercida con él a consecuencia de los bandos que se dictaron. (El señor ministro de la Gobernación: En la lucha.)

No ha sido en la lucha; tengo entendido que fué muerto un hombre en un pueblo de la provincia de Vizcaya, creo que se llama Mendata, sin hacer armas de ninguna especie contra las tropas. Y sobre todo, lo que voy a decir es tal manera cierto, que lo que en su consecuencia voy a deducir es de todo punto incontrovertible. A merced de fallos que acaso en algún día tendrán su reparación legal, hay a estas horas mas de 1.000 individuos que gimen en los presidios de España. ¿Cree el señor ministro de la Gobernación que esto no es un motivo para que se vicién las lágrimas? ¿Cree S. S. que esto es proceder con lealtad y blandura? Ese estado de sitio ha durado siete meses, y solo ha sido levantado en la víspera de las elecciones.

Examinemos ahora, señores, ¿qué espíritu obedece esa conducta, comparándola con la que el mismo gobierno ha seguido en circunstancias análogas.

Se trató de prevenir y de reprimir una insurrección carlista por los medios que el Senado sabe. Yo no soy carlista; pero tengo el deber, porque he jurado la Constitución, de hacer que esa Constitución se cumpla. Hasta ahora, como yo carecía de toda jurisdicción política o administrativa o de cualquier especie, no podía hacer otra cosa que obedecer la Constitución, como siempre he obedecido las leyes; pero ahora tengo jurisdicción política para exigir, como lo haré en cuanto de mí dependa, que el gobierno cumpla la Constitución, su propia obra.

Pues bien; ha habido insurrecciones republicanas en las mas grandes e importantes poblaciones de España: en Barcelona, Zaragoza, Valencia, Málaga, Cádiz, Jerez, y no sé si en algún otro pueblo, aunque puede decirse que no ha existido ciudad cuya población pasase de 100.000 almas en que no haya estallado una insurrección federal. El gobierno las ha reprimido; es verdad, con mano fuerte; pero inmediatamente después de la represión se ha vuelto a una situación normal y legal. ¿Cuánto varía?

¿Por qué allí donde el gobierno vence la insurrección carlista, ha quedado uno, dos, y no sé cuántos meses mas una legislación excepcional, arbitraria y tiránica, y allí donde el gobierno vence a los republicanos seguía al triunfo la legislación normal? ¿Será que el espíritu de una insurrección es de tal punto antipático al gobierno que lo lleva a la severidad, mientras que el de otras, por guardar cierta analogía con sus doctrinas y sus sentimientos, le inclina a ser blando? ¿Hay aquí algo que pueda paliar ya que no justificar en todas sus partes, la conducta que el gobierno ha seguido con las provincias Vascongadas y Navarra?

Vamos a otro derecho individual: el derecho de no ser juzgado sino por los jueces naturales y anteriores a la comisión del delito.

También sobre esto se ha hablado un poco aquí, y se ha prometido un mayor y mas amplio debate en lo sucesivo. Yo celebraré que así suceda; no sé si entonces terciare en él; hoy me limito a hacer, y muy ligeramente, algunas observaciones.

Yo aludo en esto a la exigencia del juramento a ciertos generales del ejército español, a quienes se les ha sometido a veces a tribunales que no eran los que marcaba la ordenanza y la legislación militar vigente. Se ha dicho por el gobierno que si se les había llevado a Mallorca era porque allí había mas facilidad para constituir el tribunal que los había de juzgar.

No es evidente, señores, que esta es una de las razones que los gobiernos se encuentran precisados a veces a emplear para justificar su proceder? Hay acaso algún punto en donde mas elementos puedan reunirse para constituir un tribunal militar que en Madrid? ¿Por qué no han sido juzgados en Madrid, sobre todo aquellos que residían en este distrito militar? ¿Por qué no se ha hecho juzgar en Valladolid a aquellos cuya residencia dependía de aquella capitania general? ¿Por qué no se ha hecho que fuesen juzgados en Madrid los que vivían en pueblos de de esta autoridad militar dependan? ¿Por qué no se ha hecho? ¿Es que se temía el fallo que en Madrid hubiera recaído? ¿Es que se quería obtener otro para los que se han arrancado a sus jueces naturales al trasladarlos a Mallorca, faltando, desde el momento en que se les consideraba como paisanos, al artículo de la Constitución, que prohibe e impide que sea un español removido de su domicilio a mas de 250 kilómetros de distancia? ¿Qué es lo que ha resultado de esta conducta, hija de la pasión, señores? Una situación deplorable.

¿Qué mas deplorable puede haber en un país que el espectáculo extraño que tenemos ante nuestra vista de ser unos generales completamente absueltos por un tribunal, tratándose de un mismo delito, mientras otros eran condenados a diversas y duras penas? ¿Qué idea de justicia y de sentimiento moral puede haber en un país en que esto acontece?

¿Qué espectáculo a los ojos de la Europa culta cuando a éstos contemple estos azares y juegos de la fortuna? Dejo por un momento, y solo para facilitar la argumentación, la cuestión de legalidad, y voy a tratar tan solo la cuestión de conveniencia, la cuestión puramente política, que nos llevará a examinar la conducta del gabinete.

Supongamos que tuviera el gobierno derecho completamente legal para hacer lo que ha hecho; ¿tendría, moralmente hablando, el derecho de obrar como ha obrado? ¿Era eso conveniente? Y de serlo, para quién lo era? ¿Lo era para el gobierno? ¿Consideraba a esos generales, por lo que ha dicho ayer el señor ministro de la Gobernación, como adversarios mas o menos decididos y mas o menos declarados, y quiso darles ocasión para que se declarasen? ¿Pues qué es lo que ha conseguido con eso? Vigorizarlos, naturalmente, ante los ojos de su partido, si partido tienen que pueda ser hostil, contrario y aun radicalmente opuesto a la situación actual.

Mientras pudo haber dudas acerca de si esos generales anteponian ciertas ventajas a la de presentarse a los ojos del mundo como mártires de sus convicciones y de sus sentimientos, esos generales no podían tener, era imposible que tuviesen la fuerza moral y política de que hoy están dotados. Me parece que esto es tan evidente como la luz. ¿Qué ventaja, pues, ha traído esta conducta al gabinete? Y considerando la cuestión bajo otro punto de vista, ¿qué ventaja podía reportar a un ministerio

que se compone de hombres que han tenido la desgracia de no respetar un juramento antiguo y mas de una vez prestado? ¿Qué ventaja había, señores, en presentarse voluntariamente y como buscando la ocasión para que se les recordara lo que acaso de otro modo no habría habido ni oportunidad, ni conveniencia en recordarlo? Pues qué, ¿se tiene, moralmente hablando, el derecho de ser intransigente en esto de exigir juramentos, cuando nuestra propia conducta nos hace aparecer como laxos en punto a esta materia? ¿No se comprendía, que ciertos hombres tenían imposibilidad moral y casi política, o política del todo, de prestar ese juramento? ¿No es respetable la posición en que se encontraban? Y hasta la misma condición de vencidos en que se hallaban, ¿no debía haber sido escudo suficiente para defenderlos y motivo para respetarlos?

Vivimos, señores, en una época de inestabilidad moral deplorable, en la que uno, otro y otro año se suceden en nuestro país insurrecciones, hoy triunfantes y mañana vencidas; pero de lo que se desprende que aquí, por desgracia, no hay nada estable. Recordad, señores, cuantas formas de gobierno, cuantas personificaciones de la suprema magistratura, ya mandando en el país el de hecho, ya de derecho, hemos tenido desde la muerte de Fernando VII. ¿Qué quiere esto decir? ¿No dice esto que esta sociedad está hondamente perturbada? ¿Acaso tendré ocasión de indicar las razones que existen para explicar este deplorable fenómeno que nos constituye en odiosa y lamentable adscripción de los demás pueblos de Europa? ¿Cómo no admitir que sucediéndose estas agitaciones han seguido produciendo en lo porvenir la inestabilidad a que hasta ahora no hemos sabido encontrar remedio?

Pues bien; suponed la realización de las hipótesis que voy a presentar, *via argumentandi*, como suele decirse, y para facilitar su apreciación, examen y explicación, tanto por parte del Senado como por parte del gabinete; suponed que la obra revolucionaria viene al suelo, lo cual no sería extraño, porque cosas mas graves y mas importantes han acontecido en España y fuera de España; suponed, repito, que esta situación revolucionaria viene al suelo, y le reemplaza una cosa diferente; suponed que la opinión anterior adormecida y padeciendo una distracción, cuyas consecuencias pueden ahora comenzar a sentir en toda su gravedad, se concentra, considero lo que ha perdido y presta una cooperación moral, ó caso material, a quien contra esto se levante; suponed que la nación española, mirando sobre la obra revolucionaria, llega, como noble y generosa que es, a deplorar que en ella se dé el espectáculo hasta ahora únicamente visto por las naciones presa del espíritu revolucionario, y entre admirada y enternecida contemplando la bella expresión de Chateaubriand, *cuán ingratas raudales de lágrimas encierran los ojos de una reina*; suponed que la inocencia, injustamente perseguida, llega a prevalecer y a hacer valer sus derechos en España; suponed que a consecuencia de todas estas variaciones en los sentimientos y en la opinión del país, lo que hasta ahora aparece vencido resulta vencedor, y lo que ahora es vencedor queda vencido. ¿Quién puede asegurar que la inestable rueda de la fortuna que ahora parece como elevada en el punto que indica la ventura del partido político que yo combato, no se fije en el porvenir en el punto que señala su vencimiento y su caída?

Pues bien; llega un nuevo rey a sentarse en el trono; ¿qué le parecerá al señor presidente del Consejo de ministros si aquel gobierno le exige después del juramento que ha prestado a este rey otro nuevo juramento de fidelidad a aquel monarca? ¿Cómo quedaria S. S. a sus propios ojos? ¿Cómo quedaria ante los del país? ¿Qué opinión tendríamos todos de S. S., cualquiera que fuese su línea de conducta, ya jurando, ya negándose a jurar?

Esa autoridad moral que yo creo que es la verdadera fuerza de los gobiernos, ¿la conservaria S. S. prestándose a jurar el tercer rey? ¿Se negaría a jurar? Sería perseguido por esa conducta, sería vejado. ¿Con qué razón se quejaría entonces S. S.?

En nuestro tiempo, por desgracia, es una cosa común, porque la sociedad realmente va adoleciendo de falta de sentido moral, atribuir esas grandes alteraciones a casos de la fortuna. Pero los hombres que levantan mas alta su consideración, que se empujan en el sentimiento de la justicia y que buscan la explicación de ciertos fenómenos allí donde existe la fuente de toda luz que ilumine los entendimientos, al ver ese espectáculo que solo bosqueja y no pinto con detención ni con pincel vigoroso, dirían, repitiendo la gráfica expresión de uno de nuestros mas ilustres historiadores, que la Providencia no tiene acaso ni la divina justicia olvidados.

He concluido la parte relativa a la cuestión del juramento de los generales.

Otro derecho individual. El de asociación para todos los fines de la vida humana que no sean opuestos a la moral.

Sentiría abusar de mi derecho al rogar al gobierno se sirviese darme, si lo tiene a bien, una explicación categórica respecto a las asociaciones religiosas. ¿Tienen éstas el derecho de usar y de plantear todo lo que juzgan conveniente hacer y plantear en uso de lo que establece la Constitución? Digo esto, porque un señor individuo de la comisión nos decía que habían sido cerradas las puertas de esos establecimientos por la mano de la revolución. Yo supongo que esa revolución ha entrado ya en su espresión normal y legal. Y bajo esta suposición pregunto: ¿tienen o no los españoles que juzguen conveniente dedicarse a la vida monástica, derecho de reunirse, de asociarse para esos fines de la vida humana que no se oponen a la moral? ¿Podrá cerrárselas las puertas de sus casas y privárselas de que disfruten de su propiedad en nombre de no sé qué intereses del Estado, en nombre de no sé qué seguridades y derechos?

Es imposible que se invoque ese principio; es imposible que el gobierno se atenga a esta regla de conducta. Este es un principio que los hombres que piensan como yo podemos invocar, porque antes que todo, hemos tenido en cuenta el interés social. Pero el gobierno, que con arreglo a sus doctrinas debe tener presente siempre los intereses del individuo, so pena de no ser consecuente con esas doctrinas, no tiene mas remedio que o declararse paladín y resultamente reo de infracción de la Constitución en su letra y en su espíritu, o declarar que esos hombres tienen el derecho de reunirse donde tengan, por conveniente, y juzguen oportuno, y de usar del derecho, libérrimo que para todos los fines de la vida humana no opuestos a la moral, concede uno de los artículos del Código fundamental.

En ese caso, si se les impide reunirse, llamo la atención del Senado y del país sobre lo que indicaría la prohibición paragonada con el permiso que han obtenido otras asociaciones que, como ha demostrado el señor Colmeiro en su primero, excelente y admirable discurso, evidentemente se oponen a la moral. Y sobre esto, como no me es posible decir nada que ayente, ni aun que iguale a la bella parte de la peroración que el señor Silveira ha dedicado a este objeto, yo me refiero completamente a lo que ha dicho S. S., sin añadir una sola palabra, agradeciendo el servicio que S. S., individuo de la comisión, nos ha prestado a los que en las filas de la oposición nos encontramos. Al gobierno, pues, fíaca ponerse de acuerdo con el Sr. Silveira y con la comisión, de que S. S. es digno individuo.

Es indudable, señores, que el gobierno es reo de abandono de los intereses sociales por haber permitido no solo en Barcelona, sino en Madrid, la publicación de esos candorosos de principios antisociales que nada tienen que



ver con los principios políticos, que nada tienen que ver con las cuestiones políticas, y cuyo fin no es otro que hacer hondos y trascendentes trabajos de zapa con que destruir las bases de la organización política, social y religiosa.

Además, considerada otra razón que robustece las que estoy espolando en este instante, ¿qué contradicción es esta de parte de un Gobierno que, después de invocar todas las libertades, entre ellas la de enseñanza, prohíbe a un padre de familia dar a su hijo la instrucción y educación moral que juzgue conveniente, confiándole al efecto a un instituto o asociación religiosa, o a un colegio de jesuitas por ejemplo? Si yo creo conveniente educar a mi hijo en los principios que me han enseñado mis padres, en los que tengo la misma fe que mi amigo el señor ministro de Gracia y Justicia, y en los que espero vivir y morir según su bella expresión, si Dios no me abandona, ¿qué razón ni pretexto liberal puede invocarse para prohibirme, so pena de tener que enviar a mi hijo al extranjero, de donde probablemente volvería a su patria con sentimientos y hábitos poco españoles? Y de lo que a la riqueza pública pierda con que centenares y acaso millares de hijos de familias acomodadas tengan que ir, como me consta que han ido, a educarse al extranjero.

Respecto de la cuestión de la prensa, como creo que ya se ha hablado lo suficiente, tratándose de un debate general de mensaje, y como que he de llegar día en que se ventile espesoso, me reservo para entonces decir tal vez todo lo grave y fundamental que tengo que manifestar sobre ella. Hoy me limito a invitar a todos los escritores públicos que han solido quejarse de la conducta observada con ellos por administraciones anteriores, a que consideren cuál era la suerte que por aquella legislación les cabía, y cuál es la que la vigente les depara. Entonces unos cuantos miles de reales y una cortísima detención constituirían la pena suprema, mientras que ahora existe hasta la pena de cadena perpetua, con la infame nota que siempre lleva consigo. Entonces la acción para perseguir a un periodista duraba dos, cuatro o seis meses a lo menos, mientras que ahora parece que dura hasta veinte años: en aquella legislación, la pena verdaderamente importante era la pecuniaria; y yo abandono al juicio, acerca del uso que aquellos gobiernos hicieron de esta parte de la legislación, a los mismos que sufrieron tales condenas. De mí se dice que como ministro de Hacienda tuve muchísimo gusto en pagar el importe de aquella suma, que, si no recuerdo mal, ascendía a cerca de un millón de reales. Esta es la diferencia de procedimientos con que gobernaba aquel partido tan injustamente tratado por los hombres que hoy se hallan en el poder y han contribuido a la revolución de Setiembre.

En cuanto a la seguridad individual, el señor ministro de la Gobernación, sino justificó, trató al menos de paliar, por decirlo así, de defender esa compañía de sicarios, cuyo nombre infame no manchará mis labios. Su señoría, con la habilidad que es propia de su entendimiento y larga práctica parlamentaria, nos presentó esa compañía como la expresión del sentimiento nacional indignado contra los insensatos que hirieron el sentimiento público el 2 de Mayo, infamando la memoria de aquellos insignes patriotas, a quienes S. S. llamó liberales, pero que en mi concepto tendrían probablemente de tales, lo que la inmensa mayoría de nuestros padres, que solo eran españoles religiosos, monárquicos y entusiastas de su nacionalidad, con lo que sobraba para que fuesen dignos del aprecio, respeto y veneración de las generaciones venideras.

Recuerdo que a los señores que a mi lado se sientan les dije: «Ya verán Vds. como el Sr. Sagasta, que no ha alcanzado aun ningún aplauso de la mayoría, ahora lo va a conseguir.» En efecto, terminado su redondo y perfecto período, sonaron los aplausos; era natural; pero esto era un procedimiento que honra la inteligencia de S. S., que yo siempre he reconocido; pero permítame S. S. que lo diga que su buena fe no quedó tan a salvo como su inteligencia. Pues qué, ¿era esa la cuestión que en el fondo se trataba? ¿Se trataba de esa compañía como expresión del sentimiento público indignado, porque se atentaba por algunos locos o insensatos contra lo que constituye el latido del corazón de la España? No; no se trataba de eso: se trataba de una agrupación de malhechores, cuando tiene por objeto vejar a cualquiera de los ciudadanos españoles, o a cualquiera asociación que en uso de su derecho tenga por conveniente ejercer alguno de los que la Constitución les concede. De eso su señoría no se preocupó; y de ello tenía que preocuparse, para imprimir sobre esos hombres el sello y el estigma de su reprobación. No lo ha hecho, y seguimos en una situación gravísima; porque la conducta del señor ministro de la Gobernación es tanto más grave, cuanto que antes ha sido precedida de una conducta verdaderamente inefable de parte de otro de los hombres más importantes que la revolución ha producido, que en otro punto ha tenido el valor (no quiero calificarlo de distinto modo), el valor extremo de decir que esa reunión de miserables era para la prensa la sustitución del lápiz rojo del fiscal. El lápiz del fiscal dejaba una huella sobre un papel, huella inocente; pero en cambio esos hombres han dejado por las calles de nuestra capital un rastro de sangre.

A no ser que no nos preocupemos en modo alguno del sentimiento de la inmensa mayoría de los ciudadanos, ¿cómo se puede llevar la pasión política hasta compararla a una compañía de sicarios con una institución completamente legal, que ninguna lágrima ha hecho derramar, que ningún crimen ha cometido, y que ha hecho que la ley fuese justamente aplicada a algunos apasionados que desoían los consejos de la razón cuando se criticaban abusivamente artículos políticos al hacer la oposición a determinados ministerios? Vergüenza es para España entera, no solo para esta situación, vergüenza es que nos encontremos nosotros, europeos y pertenecientes a esta grande aglomeración de la civilización cristiana en una situación parecida a la en que se han encontrado nuestros descendientes al lado del Océano, a miles de leguas de la madre patria, viviendo bajo el régimen infame, indigno y sangriento del tirano más odioso de los tiempos modernos; de aquel que con razón ha sido llamado el Calígula, el Heliogábalo del siglo XIX; Rossa, el tirano de Buenos Aires, a quien servía de apoyo y a quien libraba de sus enemigos la sanguinaria compañía de la *Mazorca*.

Recogía el gobierno los frutos de ese parangón, y aprenda en el fin deplorable de aquel poder, lo que pueden esperar otros poderes que no tienen patrocinario que está condenado con indignación por todos los hombres honrados, cualquiera que sea el partido a que pertenezcan.

He examinado de qué manera han sido resueltas algunas cuestiones políticas bajo la inevitable influencia de esa organización del poder, que ha incitado al gobierno a usar de medios que ha anatematizado cuando los empleaban administraciones anteriores.

El procedimiento que resulta de anteponer en caso de duda al interés individual el interés social, me lleva a esta conclusión. O la Constitución actual es impracticable, o el ministerio que no ha conseguido su planteamiento y su observancia estricta, es un reo evidente de omisión contra ella, ya respecto a su letra, ya respecto a su espíritu. Los intereses, pues, morales y políticos de la sociedad española y las esperanzas que los españoles pudieron atribuir de tener un régimen puro, estricto, legal, radicalmente legal, han sido insidiosos. Los españoles ven de qué manera está hoy asegurada su libertad, su seguridad individual y su propiedad; los españoles ven de qué manera son tratados los hombres pa-

cíficos, los hombres honrados; y comparan esto con la libertad y la seguridad que disfrutaban en otros tiempos llamados de oscura memoria.

De esta política no podrán menos de originarse en el porvenir colisiones y discordias, cuya responsabilidad debe caer solo sobre los que las han motivado, y con la dirección dada a esta sociedad, ya respecto a sus intereses morales, como a sus intereses políticos desde la revolución. Con los resultados de esa dirección nada tenemos que ver nosotros, ni seremos nunca responsables los que hemos considerado esa revolución como una fuente inagotable de males: los responsables serán los que no han sabido conciliar el interés social con la organización dada a las instituciones del país, hoy basadas sobre ideas y sentimientos revolucionarios.

Ya que los españoles no pueden, con razón, decir que son mas libres que lo eran antes; ya que no pueden decir que tienen mas seguros sus intereses y sus personas, ni tienen mas libertad de acción que tenían antes, es, por ventura, que la revolución de Setiembre ha asegurado y desarrollado los intereses materiales de la sociedad de modo que, ya que no fuéramos mas libres, fuéramos mas ricos? ¿Cómo se han resuelto en los presupuestos la cuestión de contribuciones? ¿Qué presupuesto nos ha dado la revolución de Setiembre? ¿Con qué justicia la comisión, que nos pide aprobemos su proyecto de mensaje, no sigue al ministerio en ese terreno y en su prudente omisión, que yo agradezco al gobierno? ¿Con qué justicia alude a la constante conducta de ciertas personas y atribuye el desorden de la Hacienda a las administraciones pasadas? De modo, señores senadores, que yo me encuentro en la situación de defender ante todo mi causa, y luego, pasando de la defensa al ataque, en la de acusar a quien me acusa.

Se dice que la situación de la Hacienda es la consecuencia y el resultado funesto de administraciones anteriores. ¿De qué administraciones? ¿Hasta qué tiempo se lleva esa larga responsabilidad? ¿Hasta qué época va a buscar el origen de ese deplorable resultado de la mala gestión financiera de las administraciones pasadas? ¿Hasta qué tiempo, hasta qué época, hasta qué ministerios se extiende? ¿Es a los últimos ministerios de unos cuantos años a esta parte? ¿Es a los ministerios que dirigieron la sociedad desde la minoría de donña Isabel II? ¿Es a los ministerios que hubo bajo el reinado de Fernando VII? Yo no lo sé, ni es fácil saberlo. Yo supongo que este debate dará ocasión a que todos nos fijemos en el punto de donde debe partir ese examen y esa crítica despiadada. Pero yo diré todo aquello que me parezca conveniente para justificar lo que de algunos ministerios se ha dicho, y cuanto sea necesario decir a la sociedad española, para que comprenda su presente situación financiera y el triste estado en que se encuentra, del que no veo que se haga nada esencial para sacarle, por lo cual no puede, señores senadores, menos de conducirnos al horrible mal de una inevitable bancarrota.

Eso debe y puede evitarse; y puesto que debe y puede evitarse, la obligación, el sagrado deber de todos los hombres políticos, sean del partido que quieran, sin distinción de matiz, es indicar el remedio para que se instruya la opinión, y esta imponga sus exigencias a todos los ministros de Hacienda que haya de aquí en adelante, con la obligación de aplicar el remedio que se apruebe como el mas provechoso, marcando, en fin, la conducta que irremisiblemente deba seguirse. Si no, estamos perdidos.

¿Por qué se dice que las administraciones pasadas son responsables de la situación actual? Porque en esas administraciones ha habido déficit. ¿Cuándo no ha habido déficit en España y en la mayor parte de los pueblos modernos? ¿Cuándo ha dejado de tener déficit España? Hasta Carlos III, ¿poco mas atrás, puede llevarse el examen de nuestra Deuda, y por consiguiente del déficit que es su causa; déficit que ha traído la necesidad de contraer empréstitos, creándose por ello la Deuda pública.

Poco mas atrás de los tiempos de Carlos III tendríamos que ir para examinar la importancia de la Deuda pública en España. Entonces teníamos sobre 2.000 millones de reales de Deuda. Carlos IV la aumentó mucho; la guerra de la Independencia naturalmente tuvo que acrecerla y también el régimen que siguió a esta guerra hasta 1820. Las Cortes de Cádiz introdujeron tal desorden administrativo por esa debilidad de halagar las pasiones populacheras, que ha sido el constante mal de cierto partido en España, que en 1823, si no recuerdo mal, la Deuda pública había aumentado a 4.800 millones de reales sobre lo que importaba tres años antes. Sucedió el régimen de la monarquía absoluta de 1823 a 1833 y siguió el déficit. ¡Buen modo de evitarlo luego era lanzarnos a una guerra como la de 1834 a 1840! Durante ella, el aumento de la Deuda fué enorme. Después vinieron épocas de economías relativas y de orden también relativo; se empezaron a dar al Tesoro recursos que antes no tenía; y el partido moderado, entre otros beneficios que hizo a España, realizó el de dar la base para un sistema financiero estableciendo el sistema tributario que empezó a producir excelentes frutos. Pero borrar el déficit? Imposible. Era la expresión ese déficit, y siguió siendo de una manera peculiar de ser de la nación española; para borrarle hay que entrar decidida, y resueltamente con el escarpelo hasta las entrañas de nuestra sociedad, y arrancar muchos gritos dolorosos, por hábil, prudente y esperta que sea la mano que lleve el bisturí. Muy pocos serán los que se atrevan a verificar esta operación. Yo he querido hacer algo. E hice lo que pude; ahora puede y debe intentarse hacer lo mismo que yo; y si se viera que no conseguimos realizar completamente el bien, en último resultado tendríamos el verdadero galardón a los hombres públicos pueden aspirar, al derecho de estar contentos y satisfechos, y de darnos así el testimonio de haber seguido el camino que nuestro entendimiento nos decía ser el de la justicia y el de la verdad, en favor de las cosas públicas.

Pero la revolución de Setiembre, que tantas aspiraciones doctrinarias y dogmáticas ha tenido, queriendo resolver muchas cuestiones sociales, ¿ha dado alguna solución a la cuestión de Hacienda? ¿Tiene algún sistema, tiene algún pensamiento que oponer al pensamiento y al sistema de las administraciones pasadas? ¡Hay razón, pues, de parte de los hombres que, en nombre del espíritu de la revolución, han dirigido la Hacienda de nuestro país, para hablar de esa manera y dirigir tan duros y acerbos cargos a la conducta de los que les han precedido, arrojando piedras al tejado ajeno cuando el suyo es de vidrio? Examinemos, aunque sea someramente, la cuestión; y desde ahora aseguro a los señores senadores que pueden estar tranquilos, porque no voy a fatigar ni su razón, ni su memoria con largas filas de guarismos. Sé bien, en primer lugar, que el agrupar muchos guarismos es el medio mas fácil de hacer que nadie entienda esta cuestión; sé bien que se necesita una larga práctica y el hilo de Ariadna para no extraviarse en ese laberinto, y que no todos los señores senadores, y menos todos los españoles, tienen obligación de poseer esa práctica, por lo cual no les es ofende, y este es un hecho que se repetirá eternamente. Seguiré otro método: voy a trazar a grandes rasgos, como se dice ahora; voy a bosquejar el sistema que hemos tenido nosotros para dirigir y administrar la Hacienda, y voy a parangonarlo con el que ha seguido para administrarla la revolución, y de la comparación resultará quién ha trabajado con energía y fructuosamente para el bien de nuestra patria.

¿Qué sucede en todo país en que hay déficit? Que este emana de una de las causas siguientes: ó de que se gastan mas de lo que se debe gastar, ó de que se cobra menos de lo que se debe y puede cobrarse y administrarse, ó de que suceden las dos cosas a la vez; y entonces lo

primero que se presenta a la mente, lo lógico, es examinar el sistema de gastos. Pues comparemos de qué manera han gastado las administraciones anteriores a la revolución y la manera con que han gastado las administraciones posteriores a ella, que han durado tiempo bastante largo en el poder para plantear un sistema de gastos que fuera expresión de la manera con que la revolución y sus hijos comprendían que debían ser resueltas las grandes cuestiones que van encerradas en el sistema de gastos de un país.

Los intereses vitales de la sociedad pueden reducirse a dos órdenes; intereses intelectuales y morales; é intereses materiales.

Vamos a tratar de los primeros y luego procederemos a ocuparnos en el examen de los otros. Es necesario establecer en esto algún método; y ruego a los señores senadores que tienen la bondad de prestarme su atención; que no lleven a mal entre en estos detalles. Es necesario sobre tales cuestiones que todos contribuyamos a que la opinión pública se fije, y no hay mas remedio que facilitar a la inteligencia pública la comprensión de estos grandes asuntos. Entre los intereses morales, y antes que todo, está la defensa de la nacionalidad, de esta individualidad colectiva que se llama nación, ante el extranjero. De los intereses diplomáticos, y de los intereses comerciales se encarga el presupuesto de Estado. ¿Qué sistema diplomático, qué sistema comercial, defendido por nuestros cónsules, ha tenido la revolución que se diferencia del anterior a ella? Ninguno, absolutamente ninguno; lo mismo, literalmente lo mismo; como no sea algun aumento de los gastos, que sobre todo inmediatamente después de la revolución se hicieron; lo que era natural, señores, para facilitar la salida, la colocación y la posición honrosa y cómoda a algunos cooperadores de aquel movimiento. Pero como sistema, nada; poco mas ó menos los mismos embajadores, los mismos ministros plenipotenciarios, los mismos ministros residentes, los mismos sueldos, exactamente los mismos. Las variaciones introducidas no valen la pena de que un hombre, medianamente entendido las dé importancia en pró ni en contra.

Pues vamos a otra clase de intereses, al mas grande, al mas vital de la sociedad, señores, al fundamento de los intereses morales de ella, el sentimiento religioso: la expresión y a la vez la garantía de la religión y de sus ministros, son el culto y el clero. ¿De qué manera ha comprendido y satisfecho esta necesidad moral de España la Hacienda revolucionaria, y de qué manera la comprendió la Hacienda conservadora? Digo la Hacienda conservadora, entendiendo mi defensa a todas las administraciones anteriores a la revolución de Setiembre, aun cuando hayan sido compuestas de hombres políticos adversarios míos o en asuntos administrativos de importancia hayan disuelto de mis opiniones; a todos los defendido. ¿De qué manera hemos comprendido nosotros esa necesidad? De la manera que cumple a un pueblo eminentemente católico; y que, mal que les pese a los que consideran el catolicismo como una fuente de ignorancia, de degradación de costumbres y de envilecimiento de lo que ahora se llama la dignidad humana, seguirá siempre siendo lo que ha sido, so pena de dejar de ser algo respetable, algo digno de la consideración de los demás.

Hemos atendido a ese sentimiento como cumplía a hombres de gobierno, cualesquiera que fuesen además sus deberes de observar al pie de la letra un pacto internacional como es el Concordato, pues aun sin él hubieran tenido en cuenta la obligación de atender a ese sentimiento y de contribuir a darle vida.

¿Qué hice yo cuando era ministro de Hacienda? Me encontré con el clero en muchas diócesis con cuatro, cinco y hasta seis meses de atraso. Como yo no soy Taumaturgo no pude hacer milagros, ni pagar de repente; pero enérgicamente busqué los medios de hacerlo, y al fin tuve la fortuna de encontrarlos, y pagué. En los diez y nueve meses a que se extendió mi última administración, creo que puedo decir con verdad, y apelo a los señores prelados que me escuchan, que no solamente pagué los haberes del clero, como obligación corriente, sino que satisficé sus atrasos.

¿Y qué ha hecho la revolución? ¿Ha gastado los 168 millones de reales a que, según creo, ascienden los presupuestos del culto y del clero? No; ha sido una economía que, fría é imprudente sea la realidad; ha sido una economía, flusoria, como lo son todas las injustas; porque tardó é temprano, so pena de faltar a los sentimientos de justicia, habrá que reconocer primero y pagar después, de alguna manera, esos atrasos que son resultado de una denegación de justicia.

Para llevar mas impía é implacablemente a cabo esta obra de injusticia, se impuso al clero la obligación de jurar, y se creyó que se había encontrado un remedio para evitar la carga grande y pesada, aunque justa, que sobre el Tesoro español impone la obligación de atender al culto y a sus ministros. Se les impuso la obligación de jurar la Constitución, y se les dijo: «Si no juráis, no cobráis.» ¿Qué ha hecho el clero? El Senado lo sabe: en su inmensa mayoría, casi en su totalidad, no ha jurado. Consecuencia: hasta las recientes resoluciones del gobierno, por las que yo lo felicito, el aplaudo y le tributo el homenaje de mi respeto y de mi gratitud, en nombre de los sentimientos verdaderamente afianzados en los corazones de la mayoría de nuestros conciudadanos; hasta este comienzo de reparación y de justicia, se ha visto un abandono total, sistemático, cruel, injusto y odioso.

¿Y con qué derecho se imponía esa condición a hombres que tienen el más perfecto que puede haber para reclamar el pago de esas asignaciones? Si en España hubiera habido seria, enérgica é independiente administración de justicia, cualquier tribunal hubiera condenado al ministro de Hacienda a pagar a cualquier reclamante, siquiera fuese el párroco mas pobre, lo que de derecho le exigiese y de derecho le correspondiera. El culto y el clero tienen un perfecto derecho a cobrar lo que se les debe (sostengo esta proposición resueltamente), jurase ó no jurase. No se ha de otorgar como gracia lo que se debe de justicia; pues reclama lo que es suyo, de justicia tiene derecho a que se atienda, so pena de que el gobierno que niegue esa satisfacción demuestre la injusticia y su odio poco inteligente, cuando haga este punto de vista se le considere, y creo que le doy la calificación mas blanda que un hombre de las convicciones mías puede decir de actos de esta especie.

¿Que se ha dicho en contra de la conducta seguida por el clero, y qué razón se ha dado para que jurase? El señor ministro de Estado, en su elegante discurso, nos dio una razón peregrina; nos dijo: «Yo recomendaría al clero que en este punto obedeciese a un sentimiento que en mi es una teoría, que en el clero es una práctica.» Vio, pues, a decir S. S.: yo le recomendaría la humildad, y que por humildad jurase.

Los señores prelados que aquí se sientan no han contestado detenidamente a esta invitación. Estoy completamente convencido de que el Senado primero, y toda la nación después, comprenderán las altas razones de delicadeza, de dignidad y hasta de religiosidad que han impedido a esos señores dar una contestación.

Yo tengo mas libertad de acción; yo no soy eclesiástico; soy hombre político; tengo muchísima mas latitud y mas grande esfera de acción y de palabra; es una ventaja que no basta, por cierto, a compensar la inmensa falta de autoridad que me aqueja, cuando comparo mi palabra con la de los señores prelados que honran al Senado con su presencia. ¿Pero cómo quiere el señor ministro de Estado que el clero español, solo por un sentimiento de humildad, jurase? Necesita, señor ministro, necesita presentarse ante la consideración de sus

conciudadanos dotado de aquella autoridad personal, sea la cual su ministerio queda reducido a tal debilidad, que no puede reportar al país sino a lo sumo una mínima parte de la utilidad que podría este obtener.

Pues qué, en ciertas cuestiones ¿basta proceder bien? ¿No es necesario hacerlo? de modo que todos comprendan que se ha procedido bien? Basta, en ciertas cuestiones, ser honrado, ó es necesario también parecerlo? Basta, en ciertas cuestiones, ser digno, ó es de todo punto indispensable parecerlo? ¿Qué opinión hubiera tenido nuestra nación de su clero, si porque le dicen: «Jurad Vds. con humildad», hubiese jurado, después que se le decía antes: «Si no juráis, no tomáis lo que os corresponde?» Podría darse una situación mas miserable (no digo mas abyecta), porque al fin, aunque indirectamente, refluiría algo en descrédito de esta dignísima clase; puede darse una situación mas débil que la que el clero tendría, si siguiera en este punto las indicaciones del señor ministro de Estado? ¿Humildad! Pues mas humildad hay en que el clero pida a sus fieles la asistencia pecuniaria, que al gobierno que se la debe dar; mas humildad habria en eso; y si de ello resulta cierta recrudescencia, acaso nociva por lo exagerada, de ciertos sentimientos religiosos, culpease al que con la violencia, la pasión injustificada de su conducta nos llevase al punto en que podríamos encontrarnos.

Al lado del interés de la educación del pueblo está el de la instrucción. ¿Qué ha sucedido respecto de este punto, señores senadores? Que yacen en un abandono sistemático los maestros de prima enseñanza, y esto por una natural consecuencia de ciertas reformas que han dejado a nuestras municipalidades mas pobres que un mendigo.

Yo bien sé que esos maestros de primeras letras no dependían directamente del Tesoro; ahora dependen del Tesoro, ó al menos el Tesoro ha dicho que les pagará lo que en parte las municipalidades se han negado a pagarles. Acaso hubieran podido pagarles todo ó una gran parte; después abandonaron completamente este deber. De modo que de hoy en adelante, esa responsabilidad mas tendrá este gobierno, si no atiende a la obligación que ha contraído. De paso diré que es verdaderamente peregrino que un gobierno que se dice defensor de cierto sistema y de ciertas ideas descentralizadoras, centralice lo que estaba descentralizado, y que haga que el Tesoro nacional tenga obligaciones de que estaba exento y que pesaban sobre las municipalidades. Compárese esta manera de atender a la necesidad que hay de dar instrucción a nuestras clases populares, con la conducta de las administraciones conservadoras.

Yo, señores, voy a citar un nombre: creo que tengo derecho a ello, pues solo lo cito en elogio suyo. Al tener la honra, cuando era joven, el año 1857, de pertenecer por primera vez a un ministerio conservador, de que formaba parte como ministro de Fomento, el Sr. Moyano, y de cuyo partido ha sido siempre uno de sus mas respetables é influyentes individuos, con la cooperación y asentimiento cordial, y hasta con el contento íntimo de todos sus colegas, propuso a las Cortes, y obtuvo de ellas, el que se aceptase su idea de que la instrucción primaria fuese en España por primera vez obligatoria y gratuita.

Esto es lo que han hecho en favor del pueblo hombres a quienes se ha supuesto precisamente con tendencias oscurantistas, favorables a no sé qué cosas que, según se dice, son el fundamento sólido para establecer sistemas restrictivos, mientras se ocupaban en hacer florecer y desarrollar la instrucción primaria en el país. Esto es lo que ha hecho el partido conservador; porque nosotros hemos tenido siempre presentes los intereses, no los errores del vulgo; hemos procurado hacerle todo el bien posible; hemos tenido andanzas paternales para él; lo que no hemos hecho ha sido adular con poco valor con verdaderas cobardías, sus defectos, sus vicios y las bajas pasiones populacheras.

Ahora los maestros de instrucción primaria pueden comparar la suerte que les deparó aquel sistema, del cual muchísimos eran enemigos, con la que les ha deparado el triunfo de las ideas en que la mayoría de ellos tenían fe. Porque desgraciadamente señores senadores, es un hecho triste, muy triste, y tanto mas triste cuanto que no es peculiar de España, sino muy general en Europa, que la inmensa mayoría de esos maestros de instrucción primaria son esencialmente revolucionarios y algunos verdaderamente fanáticos partidarios de las doctrinas mas disolventes. Ellos han sido en muchos de nuestros pueblos el brazo y el nervio de las ideas, de los intereses y de los sentimientos revolucionarios. En el pecado han llevado su penitencia.

¿Qué hizo el partido moderado, que conocía este mal que, como he dicho antes, era por desgracia general a muchas de las naciones de Europa? Ahí están las obras de Rendu y otros inspectores de instrucción pública franceses, que han examinado el estado de la instrucción primaria en Alemania y en otros países, y que han dado cuenta de sus investigaciones al emperador de los franceses.

En esas obras, de las cuales aunque no soy hombre especial en la materia, he creído de mi deber tomar amplia idea, se espone esa mal terrible que ha cundido especialmente en Alemania, donde se envenenaba a la juventud con doctrinas que hasta entonces no se habían difundido.

Pues bien; concedores del mal, quisimos animosamente ponerle remedio; ¿y qué hicimos? Proponer a las Cortes una ley de instrucción primaria, por la cual se daba al clero una intervención eficaz y directa en la dispensación de ese beneficio a todas las clases del Estado. ¿Hicimos mal? (El Sr. Calderón Collantes: Fue tarde.) ¿Qué tarde, Sr. Calderón Collantes? Cada día tiene su tarea; nosotros no podíamos hacer mucho en pocos meses: fuimos poco a poco haciendo lo que podíamos, y resolviendo la cuestión que se nos presentaba. Tratamos, pues, de unir la educación con la instrucción, lo que vigoriza y perfecciona los sentimientos morales, lo que al alma se dirige para enaltecerla y ennoblecerla, con lo que se dirige a la instrucción del entendimiento, y con lo que conduce a fortalecerla para las luchas en que consiste la vida.

Sabíamos que mas ó menos pronto, de esta unión, y concurso de tendencias algo opuestas, habia de resultar cierta armonía: la armonía que no puede menos de resultar entre los que en el fondo conspiran al mismo objeto, y de los cuales indudablemente, el que menos sabe tiene que ceder al que sepa mas; y el que se ha distinguido, ó por su conducta, ó por sus principios, ó por su posición en la sociedad, tiene cierta autoridad sobre el que por su conducta, por su posición ó por sus principios en la sociedad se ha distinguido menos. Sabíamos que en vez de desacuerdo que ahora se ha establecido, que ahora se ha profundizado, entre el clero y la instrucción primaria, representada por los maestros, sucedería mas ó menos tarde cierta avenencia, cierta convivencia, cierta armonía para la consecución del fin que aquel Gobierno se proponía. Unir un gran vigor, un gran desarrollo en el sentimiento religioso con la mayor difusión posible de conocimientos en las masas, establecer la administración española sobre la base única, incontestable que pueda tener, la moralidad; no solo la instrucción, la moralidad primero.

¿Qué se podía oponer a aquel sistema? ¿Se pueden oponer los hombres que tienen fe en los sentimientos y en las ideas religiosas? ¿Es que el resultado de esa educación, en que el clero tenga una influencia casi predominante, no puede ser favorable al desarrollo de todas las grandes facultades del alma humana, que son precisas para la constitución de una sociedad vigorosa y libre?

Recordó con este motivo el Sr. Obispo de Jaén días pasados aquella época feliz y por demás gloriosa para la nación española, en que sin hablarse tanto de dignidad, de ilustración y de libertad, España representaba en el mundo un papel brillantísimo, que es acaso todavía, con su recuerdo, el elemento mas grande de fuerza y de vigor con que cuenta el país, y sobre todo su mas indisputable título a la consideración de los extraños.

Nos recordaba S. S. a fray Luis de León y a Santa Teresa de Jesús y luego a Calderón y Lope. ¿Qué se le opuso a estas consideraciones por mi amigo el señor ministro de Gracia y Justicia cuando le contestó?

Poco mas ó menos lo siguiente: España era entonces mas débil que ahora; España entonces no tenía prospera Hacienda, y la que había era presa de interesados y avarientos prestamistas que se llamaban, por su procedencia, goneses; España entonces, a la vez que esas glorias lit rarias, tenía la desgracia de que con ellas se perdiese Portugal.

Una cosa por el estilo dijo el señor ministro de Gracia y Justicia, y yo contesto a sus observaciones que España no podía entonces presumir siquiera que llegase un día en que el presupuesto de ingresos fuese de 1.800 millones en que fijó el actual el señor ministro de Gracia y Justicia. Eso es natural consecuencia de la pequeña extensión de fuerzas materiales, que no solo España, sino todas las naciones de Europa tenían. La Europa ha ido desde entonces doblando en población: de 8 millones de habitantes que entonces teníamos, hoy llegan a 17. ¿Cuántos tenía Francia, Inglaterra y Alemania entonces, y cuántos tienen hoy?

Ah, Sr. Ulloa! Esa es una cuestión que quita el sueño a casi todos los estadistas de nuestros días; esa causa de fuerza, que es por otra parte una causa de perturbación profunda. Porque, señores, no hay cuestión mas difícil de resolver; no hay problema mas difícil de comprender que el de dar de comer y asegurar la subsistencia a 4 ó 5.000 hombres por legua cuadrada, cuando antes no llegaban a 400 ó 500. De eso nacen natural y forzosamente los terribles problemas que encierra nuestro presente y que sabe Dios cómo resolverá el porvenir.

Creo vislumbrar que decía que yo defendiendo las ventajas de la repoblación. Yo no defendo eso, no defendiendo ninguna exageración; sostengo, sin embargo, que el estado de densidad de población, en ciertas naciones de Europa, hace del gobierno una cuestión casi insoluble, y mucho mas con las ideas que ciertas escuelas económicas profesan acerca de la cuestión escolar.

No hay mas remedio, señores, para evitar estos males que acudir a un gran sistema colonial: porque, después de todo, y la historia conmigo, esa ha sido el único medio a que desde antiguo han apelado los gobiernos para dar salida a una población exuberante, a cuyo sostenimiento normal y ordinario no ha podido subvenir por el suelo de la patria.

Perdimos a Portugal. ¿Qué tiene esto de extraño! Lo que es extraño para mí es que lo hubiésemos adquirido. Pues qué, una nación que después de la caída de la dominación goda no había sido nunca parte de la monarquía española, sino durante el poquísimo tiempo que nos perteneció en los últimos años del reinado de Alfonso VI, y eso en la pequeña parte que al Norte había conquistado aquel conquistador de Madrid y Toledo sobre los árabes; una nación que este Monarca dió en feudo y dote de su hija, y que fué después conquistada paso a paso por sus descendientes; una nación que había ganado verdadera é inmarcescible gloria; que había tenido tantos grandes elementos de nacionalidad gloriosa y potente; que había contado navegantes é iniciadores de ciertas navegaciones como el infante D. Enrique y Vasco de Gama, y colonizadores como Cabral, Castro y Albarquerque; que había tenido cantores de esas hazañas, como Camoens, a quien podemos enviar porque no tenemos nosotros nada que le iguale, ¿cómo podíamos figurarnos nunca que nos perteneciese por largo tiempo?

Esa nación que gozó tal prosperidad; esa nación que tal desarrollo tuvo en lo exterior y tanto vigor mostró en el interior, como los que alcanzó bajo el reinado de D. Manuel, ¿cómo es posible que con sesenta años de dominación pudiéramos nosotros consolidarnos allí y conservarlo?

Y después de todo, ¿cuándo conquistamos a Portugal? En los últimos tiempos d Felipe II; y le perdimos en 1640. No es posible, durante dos generaciones a lo sumo, se hayan asimilado aquellos elementos de nacionalidad negativa y vigorosa con los elementos de nacionalidad española, que considero siempre como su opresora para evitar que en el último resultado no viniera la insurrección que terminó con la pérdida para nosotros de aquel territorio. Por eso digo y repito que lo que extraño es que alguna vez hayamos tenido a Portugal posesión española.

Yo no soy de los que sueñan con uniones ibéricas, ni las considero bajo ningún punto de vista ventajosas para nosotros; aprovechando esta ocasión para decir estas palabras, que no serán perdidas en cierta parte.

Yo deploro que se considere como una causa verdadera, como una expresión é significación de la debilidad de España el que perdiéramos a Portugal; yo creo que en el porvenir hemos de marchar unidas ambas nacionalidades; yo admiro el vigor de esa pequeña potencia, por los elementos que tiene, de que España podrá aprovecharse de ella en la mas completa y perfecta autonomía; y creo que de esta manera pueden conciliarse los intereses de dos sociedades que son hermanas.

Mas si el árbol ha de juzgarse por sus frutos, señor ministro de Gracia y Justicia, ¿cómo apreciará S. S. los frutos que ha dado ese árbol simbólico de la libertad, a cuya sombra verdaderamente letal para nuestros grandes intereses coloniales, hemos perdido un inmenso continente, que debimos al genio de Isabel la Católica y a la energía é inteligencia de Cristóbal Colón? ¿Cuándo y con qué ha coincidido la pérdida de aquel gran imperio colonial? ¿Con qué principios? ¿Con los de la monarquía absoluta ó con los principios que en Cádiz empezaron a apuntar, y cuyos frutos van saboreándose, no por todos, pues no todos los encuentran tan dulces y tan nutritivos como los señores que están frente a mí?

¿Cómo perdimos definitivamente nuestras colonias? La historia hará en gran parte responsable de esa pérdida a los que, en nombre de la libertad, se alzaron en las Cabezas de San Juan el año 1820. Y ahora mismo que hemos tenido un secudimiento grande, no hemos estado a punto de perder nuestra isla de Cuba, y con ella los únicos gérmenes que como contamos para nuestra importancia comercial y nuestro desarrollo industrial? En este país, en que el capital y la renta están completamente desvelados, tenemos que suplir con capital lo que nos falta de renta para adquirir lo que nos traen del extranjero. ¿De dónde sacamos esos capitales que llevamos al extranjero en cambio de productos, sino de la isla de Cuba? ¿Quién explota aquella isla, sino españoles enérgicos, que son en su mayor parte catalanes? ¿Quién mantiene allí nuestra bandera, que han querido conservar para España, y si preciso fuera, a pesar de España?

No son ciertamente partidarios de esas ideas utópicas, ni de ciertos principios absolutos que, en mi concepto, solo están llamados, muy pasageramente, a servir de fundamento a la consolidación del orden que puede asegurar en un país su felicidad y su ventura.

En los tiempos a que aludía el señor obispo de Jaén y en que perdimos a Portugal, se vigorizaron los sentimientos patrios, había armonía de intereses en todas las clases sociales; y aun después de la muerte del que ha solido representar la suprema expresión de la debilidad monárquica; aun después de Carlos II, dió España



un ejemplo de vigor y de fuerza viril que ya quisieran poder dar ahora. No conozco nada más propio para enorgullecerse, que el espectáculo que dio España durante la guerra de sucesión, defendiendo enérgicamente como cumple a un pueblo vigoroso, unos la causa del archiduque de Austria, y defendiendo, por otra parte, la gran mayoría de la nación, la causa de Felipe V.

Lease de la manera que esperaba el pueblo de Madrid su adhesión alusiva y entusiasta por la causa del antiguo duque de Anjou, y cómo llevaba el frenesí hasta un límite que no es posible repetir por decoro a este sitio, pero que se halla consignado en la historia y en los anales.

La Iberia se ha echado el alma a la espalda, como vulgarmente se dice. Pues no pide que las oposiciones discutan el mensaje a la Corona en uno ó dos discursos? Pues no pretende exigir la responsabilidad a las oposiciones si no se disentienten presupuestos?

¿Qué insensatez! ¿Cómo se ha olvidado La Iberia de las tretas de que se han valido sus amigos para dilatar discusiones y algo más! Los conspiradores de toda su vida; los vocingleros pidiendo ahora restricciones todos los días!

¿Con que dos discursos nada más! No te compungas.

El general Serrano dijo el jueves en el Senado, que el general Blasser fue absuelto porque el general Blasser no eligió los generales que debían juzgarle.

¿Habrá elegido para que no sucediera lo mismo con los Sres. Fernandez de Córdova, conde de Clavijo, Velasco y Quiñones a los generales que les juzgaron ayer?

El brigadier Palacios fue también juez; sino estamos equivocados de los señores marqueses de Sotomayor y Arenales.

¿Habrá sido elegido ahora porque ya se conoce su opinión en la materia?

No podemos creerlo, no debemos creerlo, no queremos creerlo.

En la Iberia con honra. Los tribunales, elegidos el poder judicial, art. 36 de la Constitución de 1869.

Tres de los señores vocales del consejo de guerra celebrado ayer, los Sres. Peralta, Vargas y Palacios, aunque no todos a la vista, llevaban sobre sus camisas la efígie de S. M. la reina doña Isabel II. ¿Qué les diría su corazón en aquel mal trance en que se hallaban?

¿Vaya V. a saberlo!

Los que no juran lo que su conciencia rechaza son presos, encausados, juzgados y sentenciados; ¿y quién los juzga?

Los que aun llevan pendiente de una cinta roja el retrato de la reina, a cuyo márgen nombre condecoraron sus tropas al combate, ¿y sirven hoy una causa que no es la de aquella reina, y juran hoy defender lo que es contrario a lo que ayer juraron?

¿Abre la tierra! Que no veamos a los hombres de la España con honra.

Nos escriben de Cádiz que un pobre maestro de uno de aquellos pueblos, acreedor tiempo hace al alcalde, hallándose en el último extremo de miseria, reclamó el pago de su crédito ante el juzgado, y el señor juez, condescendiente, liberal, considerando, que si bien el deudor reconoce la deuda, como el acreedor no se extendió en el papel correspondiente, y no lo firmaron dos testigos abonados, la sentenciado que no está obligado aquel alcalde, también liberal, al pago de la cantidad que se le reclama y que confiesa deber.

Si el hecho es cierto, ¿dónde está la justicia?

En cualquier parte escondida por no ver al progreso del día.

Ayer fueron presidente y vocales de un Consejo de guerra para juzgar a cuatro jefes que no han jurado a D. Amadeo, el general Bassols, candidato para jefe militar del cuarto de D. Amadeo; el general Crespo; ayudante que ha sido de D. Amadeo; y el brigadier González de la Vega, también ayudante que fue de D. Amadeo.

Bien por los servidores de D. Amadeo.

En el Consejo de guerra de ayer contra los oficiales infortunados Sr. Fernandez de Córdoba y compañeros, hubo un incidente que fijó la atención. Al leer el segundo defensor su alegato usó de las palabras «crimen moral», aplicadas hipotéticamente al caso en que se hallaba dispuesto preceptivamente el juramento de los militares a favor de D. Amadeo. «Legal» añadimos nosotros en nuestro interior; quitándole toda hipótesis y aplicando la calificación al acto de exigir el juramento, afirmación que sustentamos hoy y siempre, y que tenemos probada en nuestros precedentes artículos.

Las tales palabras, inocentes como eran y de mucho menos alcance y trascendencia de los que pudieran haber tenido, llamaron la atención de algunos vocales por lo que notamos en sus semblanzas, especialmente en el del general Peralta, quien, al ser entregado el papel al señor presidente, le pidió el favor de leerlo de mano en mano.

Después, concluido el acto, todos los circunstantes nos enteramos de que se había dispuesto que los defensores no se retiraran y esperasen las órdenes del Consejo.

Así lo hicieron, y al cabo de un rato fue llamado solo al interior de la sala el defensor segundo. No podemos saber lo que dentro de aquellas paredes pasó, ni si se trató de iniciar algo de lo que pasa con el defensor del general Canalejas Sr. Despujols; pero si se intentó el golpe no pudo menos de dar en vago; primero, porque al principio de la defensa ya se había prevenido oportunamente y legalmente el defensor con la venia y protestas reiteradas por derecho, hasta retirando toda especie que se estimase inconveniente, segundo, porque había hablado en hipótesis, y justamente contradiciendo la hipótesis misma; y tercero, porque aun fuera de la hipótesis, la apreciación era exacta.

Alguna pregunta creemos se hizo también al defensor sobre el por qué, interpretando la excepción de declinatoria mediante la incompetencia del Consejo no había allí concluido sus alegaciones. Si hay algo de cierto en ello, tenga entendido el señor vocal que a tal examen de derecho quiere someter a los oficiales, que no está en el suyo metiéndose a examinador, ni muestra para ello suficiencia si carece del trivial y vulgarísimo conocimiento de que la excepción de incompetencia como dilatoria impide el progreso al ulterior, cuando cabe su interposición en artículo de previo y especial pronunciamiento.

ciamiento; pero de lo contrario, hay que interponer a la vez, aunque dentro del mismo escrito se guarde el orden debido, todas las excepciones dilatorias y perentorias, y así sucede hasta en lo civil en los juicios verbales, de menor cuantía, y en todos aquellos en que no hay más que una sustanciación común para unas y otras excepciones; pero sobre todo sepa que para ilustrarle en materias de derecho y desvanecer sus dudas buenas ó malas, está presente el asesor; y no tiene el derecho de examinar a los defensores, ni estos la obligación de responderle. Y aquí encaja también lo de la obediencia debida, y lo de en los asuntos de Mi real servicio: a no ser que se quiera hacer extensiva la obediencia pasiva al extremo de acaparar ciencia estraña a la milicia para, cuando los jefes quieran mandar que se les explique un curso de derecho, de astronomía ó de medicina, etc.

Creemos que el tal incidente no tendrá consecuencia alguna, y así lo esperamos, porque es lo estrictamente justo y legal.

La organización superior que tenía la Armada al iniciarse la revolución de 1868, databa del año de 1857, en que la formuló y llevó a cabo el entendido general D. José María de Bustillo, titulado después, en premio de sus servicios, conde de Bustillo, que a la sazón desempeñaba el ministerio de Marina; y bajo tal organización la Armada de nuestros días llegó a su mayor crecimiento, dejando en el material flotante que existe, en las obras ejecutadas y emprendidas en nuestros arsenales, en los repuestos de los almacenes generales y en otras órdenes y disposiciones de su régimen económico, administrativo y de buena organización recuerdos impercederos.

Pero no nos proponemos nosotros defender tal sistema como el mejor, ni censurar que fuese sustituido por otro. El primer ministro que hubo después de llevada a cabo la revolución, lo estimó de esta última manera, y de una plúmida echó por tierra la obra de su jefe y de su maestro, y entre otras modificaciones importantes creó el Almirantazgo, por la ley de 9 de Febrero de 1869.

A este propósito debemos manifestar que en la nueva organización para nada se han tenido en cuenta los principios económicos, pues se han aumentado los gastos del personal de una manera fabulosa, con notable daño del material en el fomento de los arsenales.

En los dos últimos almirantazgos que hubo, que fue el que se instituyó en 1840 y rigió hasta 1843; y el que se formó en 1855 y terminó a fines de 1856, sus altos empleados tenían sueldos menores que los que disfrutaban los que constituyen el actual almirantazgo.

En el primero, el vice-presidente disfrutaba el sueldo de general empleado, los vocales generales el de 45.000 reales y los brigadieres el de 30.000 reales y el secretario el de 30.000 reales.

En el segundo, el vice-presidente y los vocales de la clase de generales, se les señaló el mismo haber que a los anteriores, a los brigadieres vocales el de 36.000 reales y al secretario el de 34.000 reales.

En el actual, el vice-presidente tiene 80.000 reales, los vocales 60.000, como generales, empleados y el secretario 50.000 rs.

Véase pues la diferencia enorme que se advierte entre unos y otros sueldos, que se extienden a las clases inferiores y a la multitud de empleados en la corte.

Las economías tienen que hacerse, no hay remedio; y es preferible verificarlo de arriba abajo, que no de abajo a arriba.

En el Consejo de ministros celebrado ayer tarde, se trató de la candidatura para la mesa y de las comisiones del Congreso, y al parecer, surgen ciertas dificultades para que salgan hoy elegidos los mismos vicepresidentes de la mesa interior. Hay grandes caballos: ayer los Sres. Serrano, Martos y Ulloa, tuvieron una conferencia en el Senado con el Sr. Olózaga para ponerse de acuerdo en la elección de la Constitución definitiva del Congreso.

El Imparcial rectifica, ó ratifica en los siguientes términos, el contenido de un sueto que publicamos hace dos días, referente a un punto oscuro de ciertos resguardos de la Caja de depósitos.

«El Eco de España había ayer con mucho misterio de una suplantación que dice haber habido en los endosos de varios resguardos de la Caja de depósitos.»

Según nuestras noticias, que tenemos por auténticas, ha habido una suplantación, puramente particular, en un solo documento, y el director de la Caja ha adoptado las medidas oportunas acerca de este hecho, compensando desde luego en ellos a un empleado que, más o menos directamente, resulta perjudicado en dicha suplantación, que nada tiene que ver con la Caja, por haberse realizado fuera de ella.

Algo, y aun algunos podríamos añadir a lo que El Imparcial ha sabido de una manera auténtica, pero sobre ser molesto comparecer demasiado de esas cosas que se repiten todos los días durante la dominación de los regeneradores de España, no pasará mucho tiempo sin que El Imparcial se convenza de que el negocio es ó era mas grave de lo que nuestro colega cree ó aparenta creer.

Dos periódicos ministeriales dirigen buenas frases a otros tantos amigos también ministeriales. Por una parte El Imparcial censura la intemperancia y los groseros del Sr. Figuerola, como venían nuestros lectores en otro lugar. El Universal, por otra, aplica el siguiente palmateo al diputado Sr. Palau por su prurito en interrumpir a los oradores del Congreso.

«Se alucina bien de ayer, dicho así tan sencillamente, parece diano por una crueldad y una soberbia de que el Sr. Palau, cuyas rectas intenciones conocemos, es enteramente incapaz.»

Pero no todos saben esto, ni todos aprecian personalmente a S. S., y así se explica que a la interrupción de ayer, y a otras muchas que con frecuencia maneja,

responda siempre un movimiento repulsivo en la Cámara y en las tribunas.

Cuando una situación cuenta con defensores tan poco aptos, tan apasionados y tan focales en la piedra del escándalo como el Sr. Figuerola, el cual parece que solo vive políticamente del escándalo y para el escándalo, auri a la misma prensa ministerial, por denotarla que sea, le falta valor para defender la conducta de un corregidor que si es bastante procaz para insultar a augustos y mercedarios infortunados, envuelto en el manto de su inviolabilidad de diputado ó senatorial, es en cambio lo suficiente dutil para no mantener sus actos en el terreno donde nunca fue empleado en vano un caballero español.

Para que no se juzguen apasionadas las frases que preceden y que usamos como impecado aunque ligero correctivo del inefable proceder del ex-ministro anatematizado por todas las clases y por todos los partidos, ahí van esas líneas que dedica al espasmo señor, un diario de la situación, El Imparcial:

«Cuanto mas amigos, mas claros, mas elocuentes. Ayer sentamos una profunda pena al escuchar al señor Figuerola en el Senado, porque no parece sino que S. S. tiene el prurito de terciar en las discusiones para estraviarlas en el peor sentido posible.»

En todas partes, pero muy especialmente en las Cámaras, es indispensable evitar los groseros impropios de todo diputado ó senador; pero muy particularmente de quien, como el Sr. Figuerola, tiene entendimiento, instrucción y palabra, y por consiguiente los medios para emplear en los debates armas bien templadas.

Lo cortés, Sr. Figuerola, no quita a lo valiente. Nosotros creemos que al Sr. Figuerola, ni lo cortés puede quitarle lo valiente, ni lo valiente privarle del cortés.

La Iberia, que algunas veces se entretiene en inventar noticias anunciando la muerte inmediata de los diarios que mas sacan a relucir las deformidades de la situación, ha estado a punto de dejar este mundo por motivos que no nos son bien conocidos.

Con sinceridad decimos al porta-estandarte de la situación que hubiéramos sentido, estamos privados de los buenos ratos que diariamente nos proporciona, persuadidos, como lo estamos de que La Iberia es el mayor auxiliar que tenemos contra todo lo existente.

No hay peor enemigo que un amigo indiscreto. No lo olvide La Iberia, así como es muy fácil reventar de un atracón de soberbia.

La Igualdad anuncia una nueva denuncia de su número de antaño, cuyos ejemplares han sido secuestrados.

Signa el Calvario de la prensa, que tras el Calvario vendrá la resurrección.

Por mas que dejándole sin contestación, deseáramos corresponder a la templanza en la forma, nada mas que en la forma, empleada por el general Serrano al terciar en el desgraciado incidente suscitado por el procaz Sr. Figuerola a nuestro digno amigo el señor marqués de Barzanallana, y haerse cargo de la cuestión de los generales infortunados y demás que mezcló en su llamado discurso; son tantos los distates históricos y legales con que zureció su peroración, y que pudieran pasar por moneda corriente si analizásemos ó ensayásemos no se probase su falsedad, que no podemos dejar de hacernos cargo de ellos, por mas que quisáramos escusarnos de tan prolija y enfadosa tarea; pero esperamos a ver sobre la materia lo que resulta del Diario de las sesiones, pues nos parece imposible haya dicho muchas de las cosas que en su boca se ponen en el extracto de la Gaceta; y a la vez es posible también que analicemos igualmente, y tengamos que contestar ó conteste algún día algunas de las inexactas, y algo más que inexactas, afirmaciones y apreciaciones del mencionado Sr. Figuerola.

Parce que se ha desistido por lo menos hasta Octubre, de formar el campamento militar que hace tiempo tenía el gobierno el propósito de establecer en las cercanías de Madrid; en Amaniel, sino recordamos mal.

«Deseo que el haber cambiado de propósito el ministerio, reconozca por origen el que en las actuales circunstancias entiendo que no es prudente reconcentrar numerosas fuerzas en un punto dado, cuando tal vez presten a su causa en determinadas ocasiones, mejor servicio manteniéndolas subdivididas como hoy se encuentran.»

Se indica para presidente del futuro Circulo-Victoria al Sr. Sagasta.

Ya nos vamos explicando la enfermedad que ha puesto a La Iberia a las puertas de la muerte.

Hasta que llegue la discusión de presupuestos no habrá mas que una sesión diaria en el Congreso.

Entonces, volverán a celebrarse sesiones extraordinarias.

Las oposiciones del Congreso, parece que han decidido votar en blanco, excepto dos secretarios, dando sus votos a los Sres. Barrio y Mier, y Morayta.

Hoy a la una se constituirá el Congreso, y mañana, a pesar de ser domingo, ó el martes, se hará el sorteo de las sesiones y se elegirá la comisión del mensaje.

Nos inclinamos a este último, es decir, que será el martes, a fin de que el gobierno tenga tiempo de orillar algunas dificultades para formar dicha comisión y vencer otros inconvenientes respecto de la redacción del mensaje.

Dice La Opinión Nacional, con tanta gracia como verdad:

«El general Serrano, mas cuerdo y mas previsivo que el Sr. Sagasta; antemano ayó la partida de la Porra, suponiendo que esta existiese, lo cual no le constaba.»

Siempre ha sido previsor el señor duque de la Torre; mas respecto a eso de que no le constaba la existencia de la partida famosa, si algún día llega a ponerse enfrente de los progresistas, que todo es posible, ya se enterará.

Ayer se recibieron los siguientes despachos telegráficos del extranjero:

(Gaceta.)

Versalles 11 de Mayo, a las siete y diez y seis minutos de la noche: Madrid id., a las diez y cinco minutos de la noche.

de la noche.—El encargado de Negocios de España al Excmo. señor ministro de Estado:

Ha sido firmada la paz entre Francia y Alemania. Las operaciones militares continúan con gran actividad.

(Agencia Fabra.)

Versalles 11, noche.—Mañana regresará a esta los Sres. Favre y Quartier procedentes de Frankfurt.

El diario oficial de los insurrectos de París publica hoy un decreto disponiendo embargar inmediatamente la casa del Sr. Thiers a causa de su última proclama, y otro mandando que el ciudadano Rossel sea sometido a un consejo de guerra.

Por otro decreto se nombra al ciudadano Delezcluze delegado de la guerra.

Cartas particulares de París aseguran que cunde la demoralización entre los insurrectos.

Londres 11 a las 5 y 30 de la tarde.—Parece que el ataque principal de los versalleses se dirige sobre el Point du Jour.

Las tropas están reunidas en gran número por esta parte.

En la Bolsa se han cotizado hoy: El consolidado inglés, a 93 1/2. El 3 por 100 francés, a 52 7/8. El 3 por 100 español a 33.

Versalles 12 11 y 6 mañana.—Según las últimas noticias de la Agencia, el califa Monksani, jefe de la insurrección de la Argelia fue muerto en el combate del 6 del corriente.

Asamblea Nacional.—El Sr. Thiers anuncia que se ha firmado la paz definitiva con Alemania.

Todos los prisioneros serán devueltos. Gracias a esto, ha añadido, podremos enviar suficiente número de tropas a Argelia.

Por otra parte las noticias de aquellas provincias son muy favorables.

El Sr. Mortimer Ternaux interpela al gobierno acerca del manifiesto de los delegados de Burdeos.

El Sr. Thiers contesta que cuando se sacrificó al servicio de Francia, con un desinterés evidente, le es traña tropezar en la Cámara con vejaciones é ingratitudes, porque es imposible gobernar con semejantes condiciones.

En vista de esto pidió un voto motivado, añadiendo que su dimisión estaba preparada.

«Soy, dijo, unos imprudentes que queiréis ir con demasiada prisa. Muy en breve faltarán las subsistencias en París.»

La Asamblea aprueba una orden del día declarando que el jefe del poder ejecutivo merece toda su confianza, por 495 votos contra 10.

Versalles 12 9 mañana.—Montretout y las demás baterías siguen cañoneando a los federales de una manera terrible.

Los trabajos de aproches continúan con mucha actividad. Muy en breve el fuerte de Vanves será completamente cercado.

## CORTES.

### CONGRESO.

Extracto de la sesión celebrada el día 12 de Mayo de 1871.

PRESIDENCIA DEL SR. OLÓZAGA.

Abierta a las ocho, se leyó y aprobó el acta de la anterior, con escaso número de diputados.

Entrando en el orden del día se puso a discusión el voto particular del Sr. Soler, sobre el acta de Oviedo, por cuyo punto es diputado electo el Sr. Gonzalez Alegre, y que declara leve dicha acta.

Los Sres. Nuñez de Velasco y Merlo impugnaron el voto, que fué defendido por el Sr. Figueras.

Puesto a votación, fué tomado en consideración en votación ordinaria, pero permaneciendo algunos señores diputados en pie, resultaron 36 en pro y 29 en contra.

Hicieron uso de la palabra para alusiones personales los Sres. Reig y Sorni.

No habiendo ningún señor diputado que pidiera la palabra en contra del voto particular, fué desechado, en votación nominal por 48 votos contra 46.

Se acordó que mañana a la una de la tarde se reuniera el Congreso para su constitución definitiva, levantándose la sesión a las nueve.

## SENADO.

Extracto de la sesión celebrada el día 12 de Mayo de 1871.

PRESIDENCIA DEL EXCMO. SR. D. FRANCISCO SANTA CRUZ.

Abierta la sesión a las dos y media, y se leyó y aprobó el acta de la anterior.

Se dió cuenta de los nombramientos de comisiones hechas por las secciones para los proyectos de ley de Gracia y Justicia.

Se aprobaron sin debate dos dictámenes de la comisión de actas.

Continuó el debate pendiente sobre la contestación a discurso de la corona.

El Sr. TEJADO usó de la palabra para consumir el tercer turno en contra del dictamen de la comisión, diciendo que había pedido la palabra para que la usara otra persona que desgraciadamente tiene dolencias y contrariadas en otro sitio con gran sentimiento de todos sus amigos.

Dijo que odiaba la revolución, y que la combatía a nombre del orden social y del orden de las ideas, pues la volición es la negación fundamental del derecho.

Dijo que la libertad es el ejercicio ordenado y desahogado de todos los derechos que el hombre tiene para cumplir sus deberes; luego la libertad es una consecuencia del orden; y como la revolución es el desorden, la revolución no puede dar la libertad. El orden es la reducción de cosas varias a la unidad que les corresponde. La revolución separa todo lo que debe estar unido y confundido todo lo distinto.

Sostuvo que la revolución había creado la gran mentira histórica que se llaman derechos individuales, y con ellos la demagogia, que es la anarquía permanente; y frente al individualismo ha nacido el socialismo, que concentra los derechos individuales en el Estado.

Sostuvo que quería la libertad religiosa, la civil, y la libertad política; pero quería llegar a ellas, no por el camino de la religión, sino por el de la Iglesia.

Como la verdad religiosa está encontrada, no hay necesidad de libertad para buscarla. El que no quiere reconocer esta verdad está obligado a respetarla.

La libertad religiosa tal y como la proclama la revolución, produce el estado perpetuo de guerra entre la Iglesia y el Estado.

Roma en su concepto pertenecía hoy a alguien que no es católico.

La libertad religiosa solo había producido en España groseros insultos contra la autoridad de la Iglesia; se había incautado de sus bienes, y había espulsado las monjas de los conventos.

Pidió que se aboliera el juramento.

Censuró el matrimonio civil negando al Estado el derecho de intervenir en la organización interior de la familia, cosa que en su concepto solo corresponde a la Iglesia.

Respecto a la libertad civil, la revolución había producido una sociedad convulsa, en la cual todo el mundo temblaba.

Para limitar la libertad individual, la revolución había inventado la inquisición moderna, que era la gaceta de la capital.

Escitó al gobierno para que declarase terminantemente si con arreglo a la Constitución pueden establecerse en España los institutos religiosos aprobados por la Iglesia, anunciando de lo contrario una interposición.

Aseguró que la libertad política es imposible con la revolución, y esta la limitaba con la existencia de una venerable he mandad, cuyo nombre no se podía pronunciar decorosamente en el Senado.

Hoy había libertad para discutir é insultar a Dios, pero no la había para discutir cosas é personas que no son eternas y necesarias, sino mudables.

Como todas las oposiciones traen una protesta común, es natural que se una contra el gobierno, pero cada oposición tenía su protesta determinada y a la de los hombres que opinaban como el orador era contra el hecho de haber tomado una rama de un árbol sacrilegio usurpador de la potestad temporal de la Iglesia para coronar la revolución, protestaban también contra el principio de que la legitimidad resulte de la mayoría de votos.

Creó que la verdadera legitimidad y el verdadero orden se acercan, y si no son ellos los que destruyan la revolución, la destruirá el socialismo, que tiene su cátedra en la Internacional y en París su escuela práctica.

El Sr. SBOANE, a nombre de la comisión, contestó al Sr. Tejado defendiendo la libertad religiosa para que todos pudieran llegar al conocimiento de la verdad.

Defendió el juramento.

Explicó por qué la Constitución es fruto de una transacción de partidos afeos, y lo mismo era el ministerio actual formado en apremiadas circunstancias.

Defendió detenidamente la contestación al discurso de la corona, explicando la razón de cada uno de sus párrafos.

El Sr. TEJADO rectificó.

El Senado dió el punto por suficientemente discutido.

Se procedió a la votación nominal y fué aprobada la contestación al discurso de la corona por 55 votos contra 23.

El señor presidente anunció que se avisaría a domicilio para la próxima sesión, y dió por terminada la de esta tarde.

Eran las cinco y media.

## SECCION DE NOTICIAS.

SS. AA. RR. los grandes duques de Mecklenburgo, Schwerin y de Hesse y en el Rhin, han dirigido a don Amadeo cartas felicitándole por su advenimiento al trono.

Han sido nombrados para formar el tribunal de oposiciones a la cátedra de redacción de instrumentos públicos y actuaciones judiciales, vacante en la escuela del notariado de Madrid, los Sres. D. Juan Antonio Andonagui, decano de la espresada facultad; D. Félix María Falguera, D. José María de la Barrera, D. Estanislao Reynald, D. Benigno Cafranga, D. Benito Gutierrez, D. José Gonzalo de las Casas, D. Francisco Morcillo y D. Pablo de la Lastra.

D. Luis García Sanz ha sido nombrado vocal del tribunal de oposiciones a la cátedra de latin y castellano vacante en el instituto del noviciado de esta capital en reemplazo de D. Luis Ramirez de las Casas-Dexa que había renunciado dicho cargo.

Por el ministerio de la Guerra se ha dispuesto que los directores generales de las armas den las órdenes oportunas para que se proceda al licenciamiento de los individuos del ejército procedentes del reemplazo de 1867 a medida que vayan cumpliendo el tiempo de su empeño, y que continúen en el ejército los soldados del reemplazo de 1868, hasta que hayan ingresado en las filas los del año actual.

BOLSA DE MADRID DEL DIA 12

ÚLTIMOS PRECIOS

FONDOS PÚBLICOS.

del 11. del 12.

3 por 100 consolidado. 27-20 27-30

Id. pequeños. 27-25 27-40

Id. en corriente. 00-00 00-00

Id. exterior. 32-90 33-45

3 procedente diferido. 00-00 00-00

Id. fin de mes. 00-00 00-00

Deuda material. 00-00 00-00

Id. personal. 00-00 23-75

Billetes hipotecarios. 00-00 00-00

Id. segunda serie. 158-00 158-00

B